

# CRISTIANDAD

Año XXVII - NUMERO 475

BARCELONA

SEPTIEMBRE 1970

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



## SUMARIO

CONGRESO TOMISTA  
INTERNACIONAL

J. M. P. S.

¿EL HOMBRE EXISTE?

de S. S. Paulo VI en el Congreso  
Tomista Internacional

¿EXISTE UNA NATURALEZA  
HUMANA?

del Cardenal Danielou  
en el Congreso Tomista Internacional

ESPIRITU SINTETICO  
DE SANTO TOMAS

M. M. D.

LA COFRADIA EN HONOR DE DEU  
E DE MADONA SANCTA MARIA DE  
LA MERCE

REMACHANDO EL CLAVO: SI,  
SATAN ES EL ADVERSARIO

Roberto Cayuela, S. I.

AL MEDIO SIGLO-1917, EN LA TEO-  
LOGIA DE LA HISTORIA - ITALIA:  
ETERNO CORAZON DE EUROPA Y  
MEDIOCRIDAD ETERNA XXIII

Luis Creus Vidal

EL ALGEBRA DE LA REVOLUCION

M. M. Doménech I.

"CONTESTACIONES" "CONTES-  
TARIOS"

Cap. V. de un libro del  
Cardenal Danielou

LA BIENAL DEL ARTE  
EN VENEZIA

GALERIA DEL ABSURDO

Francisco Salva Miquel

TODA LA VERDAD SOBRE LAS  
ELECCIONES DE CHILE

Piñío Correa de Oliveira

EN EL CENTENARIO DE LENIN  
ANATOMIA DE UN DICTADOR

(Relazioni IV-70)

DIME CON QUIEN ANDAS

Severiano del Páramo, S. I.

ADMINISTRACIÓN: Princesa, 21-(3)

Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

## CONGRESO TOMISTA INTERNACIONAL

Del 7 al 12 de septiembre se ha celebrado en el Palacio de la Cancillería Apostólica de Roma el VII Congreso Tomista Internacional. De los ocho conferenciantes, tres fueron seglares, y entre ellas una mujer. El tema del Congreso fue: EL HOMBRE. Paulo VI lo clausuró hablando igualmente acerca de este tema y cuyo texto nos honramos en publicar.

La primera conferencia del Congreso la pronunció el Cardenal Danielou sobre el tema ¿EXISTE UNA NATURALEZA HUMANA?, cuya profundidad y fidelidad al magisterio de Santo Tomás le permiten tratar con la máxima actualidad el problema de la crisis de nuestra cultura como consecuencia de la crisis misma del concepto de hombre.

La progresiva racionalización de las ciencias y su consiguiente estructura meramente físico-matemática, abocan a una "reducción" de su objeto propio para "constituirlo" de acuerdo con aquellas posibilidades meramente cuantitativas. Del precario éxito, a largo plazo, de tal actitud da cuenta la actual "crisis de las ciencias modernas".

Por esa razón, lo que se conoce hoy día como ciencia no consiste en el "conocimiento" de la naturaleza sino únicamente en el "dominio sobre ella", lo que es bien distinto.

En el caso de la antropología, como ciencia sobre el hombre, el método de "constituir" el objeto, que es aquí la persona, no puede ser más ineficaz y degradante, no advirtiendo, por otra parte, lo paradójico de este proceder.

La doctrina agustiniano-tomista sobre el hombre, es decir, sobre la inalienable *naturaleza* humana está, como toda síntesis, igualmente equidistante de la idea del hombre como "medida de todas las cosas" y de la idea de hombre como "encrucijada socio-histórica de un complejo bioquímico".

Evidentemente es a esta última "contestación" a la que está abocada la intelectualidad moderna y es contra ella que nos habla Danielou al insistir en la "realidad" de la *naturaleza* humana. La realidad de esta naturaleza, señala las obligaciones del hombre, según su naturaleza, pero

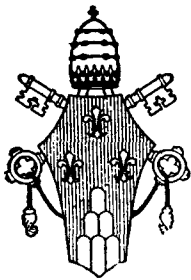
salvaguarda, al mismo tiempo y por lo mismo, sus irrenunciables derechos. Es la idea de *orden*, que no es fijeza, sino el “llegar a ser lo que se es”, el despliegue y desarrollo de sus posibilidades de acuerdo con su *naturaleza*.

Sin esta naturaleza el hombre quedará siempre indeterminadamente “determinado” — valga la paradoja — por estructuras físicas, económicas o lingüísticas, según las filosofías de moda: materialis-

mo, comunismo o positivismo lógico. Para derribar los límites, es decir, las obligaciones positivas y negativas que el hombre debe guardar, se niega la realidad de la naturaleza humana sin caer en la cuenta que, al mismo tiempo y por lo mismo, el hombre pierde el horizonte de su existencia y se convierte en una “facticidad” meramente accidental de unos esquemas cuantitativos y sin contenido, gratuitamente puestos como “lo absoluto”.

J. M. P. S.





# ¿EL HOMBRE EXISTE?

Discurso de Paulo VI a los asistentes al VII Congreso Tomista Internacional

¿El hombre existe? Tal cuestión, planteada por un testigo atento al drama espiritual de nuestro tiempo ¿no es significativa de confusión en muchos espíritus hoy día? “Si el hombre — escribe oportunamente Maurice Zundel — se reduce exclusivamente a determinismos físico-químicos reflejados en los determinismos psíquicos y las complicidades automáticas del yo fenoménico..., su destino no plantea ningún problema... El hombre es un fenómeno cualquiera en un mundo al que es vano buscar un sentido... Se puede concebir, en último término, un universo científico funcionando automáticamente, en que el hombre, sobrepasado por sus invenciones, no tendrá ya ningún lugar. Un determinismo integral va en esa dirección. Tiende a hacer al hombre inútil, a ponerle fuera de circulación como una máquina primitiva que se relega a un museo de antigüedades” (M. Zundel, *¿El hombre existe?*, París, Ouvrières, 1967, p. 155-156).

Estas observaciones son graves y apuntan lejos. Pues, no impunemente, teólogos — ¡que no tienen de ello más que el nombre! — pueden indefinidamente disertar sobre la muerte de Dios, o filósofos — ¡poco amigos de la sabiduría! — proclamar la muerte del hombre.

Después de siglos en que Dios parece haberse afirmado a expensas del hombre, éste, ¡ay! ha creído no poder engrandecerse más que por la negación del Creador, sin percibir que la espiral de sus negaciones le arrastra inevitablemente de la muerte de Dios a la muerte del hombre. Éste, a quien se reprocha alienarse en un ideal desencarnado, se encuentra ahora como apresado en una trampa, hecho cautivo de las cosas, cosificado él mismo podría decirse, a copia de ser reducido a dimensiones funcionales hasta no poder ser tomado más que como un ser “unidimensional” (cf. por ejemplo, H. Marcuse, *L'Homme unidimensionnel*, París, Ed. de Minuit, 1968).

Son homicidios espirituales y ¿qué se dirá de los estragos llevados a cabo por tales pensamientos destructores, entre nuestros contemporáneos, especialmente los jóvenes, siempre enamorados de lo absoluto, prontos a adoptar resoluciones extremas, y cuidadosos, con razón, de poner su vida de acuerdo con los principios — o la ausencia de principios — que le son presentados como el último y más notable descubrimiento de los tiempos modernos?

Os manifiesto mi gozo al acogeros esta mañana, estimados señores, al final del séptimo Congreso Tomista Internacional que habéis querido consagrar al HOMBRE.

Una rápida mirada sobre el programa enviado por el celoso secretario de la Academia Romana de Santo Tomás de Aquino, el querido y venerado P. Boyer, nos ha mostrado en efecto la seriedad y la complejidad de las sabias contribuciones que habéis aportado a esta reflexión capital. La materia era inmensa, infinita podríamos decirnos con Pascal. Que se sueñe en sus incidencias: biológicas, psicológicas, médicas, socio-culturales, cosmológicas, históricas, éticas, epistemológicas, ontológicas... También vosotros tenéis razón en abordarlo bajo los tres ángulos esenciales: origen, naturaleza, destino.

Por lo demás, qué de cuestiones habéis promovido con vuestras mismas contribuciones, sobre “este ser misterioso”, del que el lamento de Romano Guardini nos advierte con penetración: “Qué peligrosa es la ilusión del hombre sobre su ser real, tal como se expresa sin cesar por la palabra, la escritura, las imágenes. A tal punto que uno tiene a veces con terror este sentimiento: este de que habla la ciencia, la literatura, la política, el periódico, el film, como si fuera el hombre, éste no es del todo el hombre” (R. Guardini, *Morale au-delà des interdits*, París, Cerf, 1970, p. 25 y 29). Así, esto no es más que la convergencia de vuestras múltiples disciplinas para profundizar más acerca de lo que es el hombre, su lugar en el universo visible y en la escala de los seres, su naturaleza profunda y esencial a través de sus manifestaciones diversas de *homo faber*, *homo mathematicus*, *homo technicus*, *homo spiritualis*..., *homo phaenomenicus*!

¿Qué es, pues, el hombre? ¿No es esta en definitiva la sola cuestión que preocupa a la humanidad, y que vuelve a encontrarse a través de las múltiples manifestaciones de su genio, en el oleaje móvil de las civilizaciones y de las culturas? ¿Su preocupación no ha estado presente constantemente en los trabajos del reciente Concilio Ecuménico como lo declaramos Nos mismo el día de su clausura? (cf. *Olución del 7 de diciembre de 1965*, A.A.S. LVIII, 1966, p. 55). Este hombre, decíamos más recientemente, que “jamás tal vez como en nuestros días, la literatura, el espectáculo, el arte, el pensamiento filosófico han retratado en forma más despiadada su deficiencia, su debilidad mental, la sensualidad que le domina, su hipocresía moral, su propensión a la criminalidad, su provocadora crueldad, sus posibilidades de abyección, su inconsistente personalidad... Este es el hombre! ¡Es así, el grande y desventurado hijo del siglo! (Radiomensaje de Navidad 1968, A.A.S. LXI, 1969, p. 56). Pero el hombre, lo sabemos también, es el ser que nos

maravilla por la eclosión de su pensamiento, por el fervor de su lirismo, por el esplendor de sus creaciones artísticas, por la genialidad de sus descubrimientos científicos, por sus brotes de heroísmo moral, por lo radiante de su santidad.

Según se siga uno u otro aspecto de estas consideraciones, unas y otras irrefutables, se encuentra inducido a concepciones del hombre radicalmente opuestas y también falsas de optimismo ingenuo o de un pesimismo radical. Es decir, la importancia de un estudio fenomenológico del hombre, dirigido con toda objetividad sin excluir nada de sus manifestaciones aparentemente contradictorias de su existencia multiseccular. Esto, pues, es afirmar la necesidad, para todo pensador cristiano digno de este bello nombre, de una reflexión encarnada, enraizada en la observación la más directa y la más auténtica. Es, en fin, repetir la imperiosa necesidad de una síntesis superior que, englobando las adquisiciones tan estimables como indispensables de los estudios antropológicos contemporáneos, y de las ciencias humanas en particular, las sepa mantener en su lugar y evitar su acometida voraz, en la certidumbre de que la sola palabra que explica al hombre, es Dios hecho Él mismo Palabra (Hb. 1, 1), el Verbo hecho carne (Io. 1, 14).

Nuestro tiempo, lo creemos, tiene necesidad de recurrir a las verdades esenciales. Arrastrado por el torbellino de sus pensamientos, inmerso en las realizaciones de su espíritu inventor, prisionero muchas veces de sus propios descubrimientos, el hombre se arriesga a ser engullido por los medios vertiginosos que le son dados y olvidar, más allá de las significaciones parciales, el sentido mismo de su existencia. Tal vez es preciso, por otra parte, que nosotros hagamos examen de conciencia sobre esto; ¿no ocurre lo mismo en muchas disciplinas filosóficas especialmente en las que las sutilidades del análisis y las argucias del vocabulario pueden hacer olvidar la necesidad de la síntesis? En una palabra, ¿no tenemos demasiados filósofos y teólogos de cámara que olvidan reflexionar, con todo el caudal de su saber, la penetración de su juicio, la riqueza de su información, las cuestiones vitales planteadas por la vida a los hombres de hoy? Y a la inversa, demasiados pensadores que, a fuerza de profundizar en la vida de los hombres no logran tomar la parte de herencia que les será necesaria para aportar a tantos interrogantes dramáticos una respuesta tomada en los manantiales de la revelación bíblica y de la tradición de la Iglesia. ¿No vemos muchas ideas cristianas convertidas en locura, arrastrar en su zarabanda desenfundada las certidumbres mejor fundadas y las creencias más seguras? ¡Qué obra admirable podéis y debéis cumplir en esta hora que exige más que nunca “el valor de la verdad” (cf. nuestra alocución al Sacre-College de 18 de mayo de 1970 en A.A.S. LXII, 1970, p. 449-450).

Es pues, de una importancia capital, más todavía, una primordial necesidad, que filósofos y teólogos se interesen en todas las manifestaciones de la vida de nuestro tiem-

po, escuchen las demandas que se elevan especialmente de los jóvenes, comprendan las aspiraciones muchas veces confusas que brotan de lo más profundo de los corazones, en una palabra, sepan escuchar para poder responder, según las leyes esenciales del diálogo del que nos ocupábamos en nuestra primera encíclica *Ecclesiam suam* (A.A.S. LVI, 1964, p. 638-647). Hay en esto, preciso es decirlo, más que una exigencia pedagógica: es una demanda profunda que atañe a la naturaleza misma del hombre, y a la verdad de salvación que Nos queremos darle, esta Buena Nueva que ha tomado rostro de hombre para revelar al hombre lo que es “la faz humana de Dios”, según la palabra admirable de San Gregorio de Nisse (P. G. 44, 446 B) *Gloria Dei, viven homo* (S. Ireneo).

Esto Nos parece muy importante para los estudios filosóficos y teológicos de los futuros sacerdotes, religiosos y religiosas; con frecuencia es por falta de consistencia antropológica, que una enseñanza, por otra parte respetable, queda estéril, apareciendo ya demasiado extrañas a las preguntas de un hombre que recorre las inmensidades del espacio, sondea los misterios del átomo y desciende a las profundidades de su subconsciente. “Es al hombre de hoy que la Iglesia proporciona el agua viva siempre manando de la palabra de vida..., revelándole toda la grandeza de su destino, y ayudándole a realizar, cumpliéndole, el designio de amor creador y redentor (Alocución al Sacro-Colegio de 22 de junio de 1970).

Profesores e investigadores cristianos no deben perder de vista jamás la iluminación bíblica que, del Génesis al Apocalipsis, pone a plena luz la dimensión teándrica del hombre, creado a imagen de un Dios que, para rescatarlo, sacarlo del pecado, Él mismo se ha hecho hombre. La antropología es indisolublemente teología y cristología; el tipo auténtico del hombre vivo es Cristo prefigurado en Adán, el que es “el último Adán” (1 Cor., 15, 45) y renueva sin cesar al hombre nuevo a imagen de aquel que le ha creado” (Col., 3, 10).

Hombre de dolores y Pantocrator, es Él quien llena sobreabundantemente las mejores aspiraciones del hombre dándoles todo su sentido... “si pudiera existir un hombre capaz de conducir y unificar toda la cadena de generaciones, toda la polvareda de individuos, un hombre que sería en cada uno y para cada uno, un bien ilimitado, un hombre, en fin, que fuera para todos el mismo centro en el que todos no serían más que uno” (M. Zundel., ob. cit., p. 72). Éste es el mismo que fue designado por estas sencillas palabras en una hora dramática: “Ecce homo”. He aquí el hombre (Io. 19, 5). Éste es, nos dice F. Mauriac, aquel cuya gran voz no deja de resonar más allá de la tumba: “Este Dios que es nuestro hermano, este hombre que es nuestro Dios” (Semana de los Intelectuales Católicos, *¿Qué es el hombre?*, París, Horay, 1955, p. 250).

Hay pues, en medio del confuso murmullo intelectual de nuestro tiempo, certezas que es preciso mantener y que vosotros debéis explicar, explicitar, iluminar, forti-

ficar por las investigaciones de las diversas disciplinas con que os honráis.

Desde luego el hombre no es un ser que sea padre de sí mismo. Si esto es verdad en cierto sentido, que “el hombre hace, y haciendo, se hace”, no se puede olvidar que esta afirmación no hay que tomarla en el sentido más radical. Microcosmos, cierto, acabamiento del universo, casi demiurgo por ciertas realizaciones técnicas que son verdaderas proezas científicas, a la vez apasionado de aspiraciones casi ilimitadas, es tan vulnerable en su carne como en su espíritu, tan ligado a la tierra y a la materia, tan próximo a la nada, el hombre, en su lugar en la jerarquía de los seres, no es la causa de su existencia como no es la fuente de la verdad con la que tiene una afinidad profunda, ni del bien con el que está en consonancia directa, ni de lo bello que suscita en él un eco inmediato. Todos estos valores le orientan hacia un principio superior, el primer principio de todo lo creado, el creador, a la vez autor, legislador y juez, que se nos revela como padre amante. Esto en cuanto al origen del hombre.

En cuanto a su naturaleza, todo ha sido dicho, muchas veces, bajo todos los cielos, sobre esta “caña pensante”, a la vez puesto de miseria y de grandeza, tal, decía Pascal, que “si se alaba, yo le humillo, y si se humilla yo le alabo” (*Pensées*, ed. Brunschvig, n. 347, 434 y 420). Los fenomenólogos nos le muestran descubriéndose como un “yo” en el momento en que él pronuncia un “tu”, y al mismo tiempo tomando conciencia de esto que él es a la vez unido a la materia por sus sentidos y trascendiéndola por su pensamiento y su libertad. Esto es afirmar que el hombre no es exclusivamente ni pensamiento ni espíritu, sino que el cuerpo y el alma le componen, como lo dijo S. Agustín: *In unitate personae anima unitur corpori, ut homo sit* (Epist. 137 ML 33, 529). De esta afirmación, vosotros lo sabéis amados hijos y señores, brotan muchos interrogantes a los que a vosotros toca responder, según todos los recursos de vuestro saber, de una manera apropiada a la formulación de las cuestiones eternas para las generaciones de hoy. En este estudio el Aquinatense es siempre para vosotros una guía segura, por la penetración y la maestría con las que ha estudiado con precisión los problemas planteados por esta unión misteriosa: cuales son las relaciones de los dos principios, de dónde viene la unidad del compuesto, cómo el cuerpo depende del alma, cómo el alma puede subsistir sin el cuerpo durante el tiempo que va de la muerte a la resurrección. Problemas complejos y fascinantes, que nunca nadie ha terminado de dilucidar, y que es preciso reemprender de nuevo, para hacer comprender a cada nueva generación que el hombre que no es solamente materia, tiene un principio superior a la materia, un alma espiritual, subsistente e inmortal, que, por un tiempo existe separada. Esto en cuanto a la naturaleza del hombre.

Otro tema, entre los más actuales y los más graves y que a justo título ha llamado vuestra atención, es la

relación del hombre con la historia pasada y presente de los hombres. Si no se puede negar que los hombres de hoy no usufructan en sus ideas, sus gustos y sus deseos, la influencia de un largo pasado, si está hecho así en cierta medida por la historia, ¿se sigue que cada situación histórica le condiciona hasta el punto que propiamente no se ha de hablar de una naturaleza, sino solamente de una condición humana? (M. Dufrenne, *Pour l'home*, París, Seuil, 1968, p. 201).

El humanista de ayer afirmaba con Pascal: “El hombre sobrepasa infinitamente al hombre” (*Pensées*, ed. Brunschvig, n. 434). El cristiano de hoy rechazando ceder al vértigo, tanto al vértigo de la nada como a la tentación prometeana, tan próximas en definitiva una de la otra, afirma que lo humano sobrepasa los avatares de la existencia y que una cierta idea del hombre trasciende todos los análisis científicos. Desde que Dios se manifestó a Abraham, y que el diálogo roto por el pecado de Adán se renovó entre la criatura y su creador, el humanismo judeo-cristiano no ha cesado de afirmar la eminente y singular dignidad de cada persona humana creada a imagen de Dios, en el amor y la libertad: todos los progresos de las ciencias no llegarán jamás a atenuar esta afirmación primera y fundamental sobre el origen, la naturaleza, y el destino del hombre: creado por Dios, renovado en Cristo, llamado a entrar por la eternidad en la familia de los hijos de Dios, más aún, en la intimidad de Dios mismo.

¿Quién no lo ve? Muy lejos de cerrarle, estas afirmaciones de la fe, abren a la especulación del hombre dimensiones casi infinitas en el momento en que llega a las fuentes cósmicas de la energía, pero donde esos progresos, que aturden, le hacen más incomprensibles la prueba del sufrimiento y el escándalo de la muerte, no hacen sino hacer más lancinante la cuestión del sentido de la vida. Mientras la justicia será tan necesaria al hombre como el alimento terrenal, mientras las culturas en su movible complejidad revelaran una búsqueda de lo infinito siempre renaciente, mientras el hombre permanecerá subyugado por lo bello, sediento de verdad, deseoso del bien, la aventura humana guardará los rasgos de una historia que se encamina hacia su término divino.

Asegurados con estas certidumbres, éste debe ser el honor de los filósofos y teólogos, a ejemplo de su ilustre antecesor y maestro Tomás de Aquino y aportar a nuestros contemporáneos lo que puede superar las cosas finitas, y las crisis del sentido que transforman en oscuro laberinto sus propios descubrimientos. Que este Congreso haya podido ser la ocasión de aportar cada uno de vosotros una razón nueva, de obrar con competencia y brillo en sus investigaciones y en su enseñanza sobre el hombre, bastará a señalar su importancia.

De todo corazón amados hijos y señores, nos felicitamos con vosotros implorando sobre vuestras personas y vuestros trabajos la abundancia de las divinas bendiciones.

# ¿EXISTE UNA NATURALEZA HUMANA?

Conferencia del Cardenal Danielou en el VII Congreso Tomista Internacional

El problema actual es ante todo filosófico. La teología tiene necesidad de bases filosóficas sólidas. Y una filosofía sólida es hoy invocada por los responsables de la cultura y de la civilización. La actual crisis está ante todo a nivel del pensamiento. De ahí nuestra responsabilidad de ofrecer respuestas a los interrogantes del hombre moderno, sobre el hombre, que estén en continuidad con la filosofía *perenne* pero que al mismo tiempo tengan en cuenta los problemas planteados por el desarrollo de la civilización.

Mis palabras no tienen otro objeto que servir de introducción a lo argumentos más técnicos que serán objeto de este congreso.

Mi propósito es mostrar la existencia de una realidad humana irreducible sea cualquiera el nombre con que se la designe. La palabra *naturaleza* es plenamente válida. Tertuliano prefería la de *status* y Pascal la de *Ordine*.

Lo que quiero mostrar plenamente es que la "contestación" de la naturaleza humana en nombre de la cultura, de la sociedad, o del devenir desemboca en tales "impases" que la noción de naturaleza humana aparece hoy día como más evidente que nunca.

Una primera oposición que se nos presenta es la de la naturaleza y la de la cultura. Una tal oposición está en relación con el prodigioso desarrollo de la ciencia de nuestro tiempo. Ésta tiene un aspecto teórico, pero la teoría se abre siempre a la práctica. El saber llega a ser poder. Hoy el hombre toma conciencia por primera vez de la extensión de su poder. Ello se extiende al mundo de la materia inanimada: y la aventura planetaria es su expresión. Lo mismo vale para el ámbito de la sociedad y la posibilidad de construirla de modo racional. Se sirve de la psicología y del esfuerzo para manipular al hombre.

Entonces se comprende como esto crea el sentimiento de la posibilidad ilimitada del hombre. Y por lo tanto aquello que se llamaba naturaleza no era sólo, como decía Pascal, la costumbre. El hombre moderno comprueba que no hay fatalidad cósmica ni fatalidad histórica. Aquello que se llamaba naturaleza no era más que la expresión de la impotencia. El

hombre puede ahora influir en el cosmos, en la vida, en la sociedad y vencer su resistencia. No se trataba más que de situaciones de hecho indebidamente transformadas en situaciones de derecho. Lo artificial, la técnica, la cultura permiten al hombre de hoy liberarse de todas las restricciones y modelarse a sí mismo según su propia voluntad.

Es preciso distinguir lo que tiene de válida tal actitud. Es completamente cierto que una falsa noción de la naturaleza ha sido con frecuencia máscara de la pereza y del miedo a las invenciones. Ya la antigüedad conoció una crítica de la civilización como perversión de la naturaleza. Es contra la naturaleza que el hombre ha cortado a los árboles su destino para convertirlos en naves, ha cavado la tierra para sacar de sus entrañas el oro y los diamantes que Dios había intencionadamente escondido, se ha esforzado en elevarse por el aire cuando está hecho para andar sobre la tierra. Es cierto que si es, a veces, considerado como la expresión de la ley natural, la desigualdad de fortuna, la subordinación de los esclavos, la condición inferior de la mujer, esto debe hacernos prudentes. Perfectamente legítimo es, pues, que el hombre al descubrir las riquezas del universo físico y humano adquiriera sobre ello un poder. Pero ¿tal poder es ilimitado? ¿La libertad del hombre dispone de una soberanía total? Nosotros nos encontramos hoy, aquí, en presencia de un extraño trastorno de la situación. La pretensión de los métodos científicos, o sea de aquellos que descifran las leyes de los fenómenos y pueden así obrar sobre ellos puede conducir hoy a peligrosas crisis de la cultura. Con el pretexto de reducir la realidad a aquello que puede ser conocido en sí, los métodos científicos llegan a vaciarla de su contenido. Se sitúan, en efecto, a un nivel en el cual no se distingue más que la estructura y donde no se descubre el contenido. Se vendrá así a "contestar" la realidad objetiva del universo, porque en efecto, la ciencia no lo abarca en su entidad ontológica. Se "contestará" la realidad del hombre, reducido al fin a una sucesión de palabras.

## LA CRISIS DE LA CULTURA

La crisis actual de la cultura se debe principalmente al hecho de que los espíritus fascinados por los éxitos espectaculares de los métodos positivos en el orden de las ciencias físicas y naturales, buscan aplicar tales métodos en todos los otros campos. Filosofía, literatura, tienden así a convertirse en sociología, psicología o filología. Pero si ya en el plano del mundo físico la misma realidad subyacente a las leyes escapa a nuestra aprehensión ¿cómo no ocurrirá todavía más si se trata del hombre, de su misterio personal, de su interioridad inaccesible, de su eminente dignidad?

Por lo tanto el "impase" actual de la técnica pone de relieve la crisis. Habiendo adquirido superioridad sobre las leyes del universo y de la vida, el hombre se interroga sobre lo que debe hacer. El hombre estaba, antes, condicionado por algunas restricciones. Y ¿es sólo de sus decisiones que deba esperar una solución? Pero estas mismas decisiones ¿en qué cosa hay que fundarlas? Entretanto ¿estaremos a merced de todos los arbitrios? Lo más probable es que corramos el riesgo de caer bajo el peso de una nueva fatalidad. Ya que producida por el genio del hombre la técnica, a su vez, puede esclavizarlo, como hacía ayer la naturaleza, si el hombre no es capaz de tenerla en

el puño. Y he aquí el problema de una realidad objetiva que continúa imponiéndose de nuevo al hombre. Es esta realidad que llamamos naturaleza. Y no es cosa simplemente de un dato; es un programa a desarrollar. Y en esto es de donde la cultura toma su sentido. Como se ha escrito en la Constitución *Gaudium et spes*: "siempre que se trata del hombre, naturaleza y cultura están indisolublemente ligadas" (n. 53.1).

Si buscamos más a fondo en esta "contestación" de la cultura al concepto de naturaleza humana encontramos que ésta se rechaza porque obliga al hombre a reconocer que se le impone un límite que él no puede traspasar. Este dato no es simplemente la "facticidad" de un mundo absurdo, contra el cual podría sublevarse, sino que es la inteligibilidad de un mundo racional del que debe reconocer los valores. Pero es claro que tal "inteligible" no puede ser sino la expresión de una inteligencia, y reconocer la naturaleza de la cosa, es reconocer la trascendencia que la funda, y que la conforma. Es finalmente, como ya lo habían visto los viejos estoicos, conformarse al designio de Dios. Y esto es lo que a la voluntad de suficiencia le repugna, pero es lo adecuado para que la persona encuentre su plena justificación.

## LA DIMENSION SOCIAL

Una segunda "contestación" de la noción de naturaleza humana viene de su reducción a la dimensión social. Es en particular, cuanto ha expresado el Marx del primer período. La realidad del hombre no es una naturaleza abstracta, es el conjunto de relaciones sociales que existen entre los hombres de una determinada época. Es evidente que una de las características de nuestro tiempo, junto al progreso técnico, es el de una toma de conciencia de la solidaridad humana, que al intensificarse con los intercambios a todos los niveles, económico, político, cultural, se incrementa cada vez más. El hombre de hoy hace realidad que la aventura humana es inexorablemente colectiva, para lo mejor como para lo peor. Esto Marx lo ha expresado de manera más filosófica. Hay en el individuo una voluntad de identidad total. Todo hombre aspira a ser hombre. Pero encuentra una imposibilidad para realizar en él sólo esta identidad. Es, una vez y otra, una voluntad de universalidad y una imposibilidad de realizar esta universalidad. Ahora bien, lo que el individuo no puede realizar, la sociedad podrá llevarlo a cabo. La universalidad coincidirá en aquel

momento con la totalidad. ¿Será la realización de tal totalidad?

La naturaleza humana en este momento deviene histórica. Es la realización progresiva de toda la virtualidad del hombre. Y es participando en la existencia social como el hombre realiza su esencia.

Esta sustitución de la naturaleza abstracta por la sociedad concreta puede ser afrontada desde un punto de vista que es el de la contradicción de la libertad. La reivindicación de la autonomía de la libertad en las relaciones de toda trascendencia objetiva, es una entre las reivindicaciones fundamentales de la filosofía contemporánea. Sartre la ha resumido en una palabra diciendo que la existencia precede a la esencia. La decisión de la libertad es un comienzo absoluto. Pero al mismo tiempo, la libertad vuelve a sí misma. Se da a sí misma el propio provecho. De ahí el vértigo del hombre moderno ante esta libertad sin otro contenido que la "contestación" a toda trascendencia. El problema que ahora se plantea es el de la posibilidad de un orden en el cual la libertad pueda instaurarse sin destruirse. Pues bien, en este momen-

to, aparece que el único límite que pueda reconocerse a la libertad es de otra libertad. Y esto aparece como indudable: "Toda licencia, salvo contra el amor", decía ya Barres.

Pero una tal intersubjetividad, que sobrepasa el subjetivismo, no resuelve la cuestión de la universalidad de la existencia social marxista. Una y otra son coartadas. Ya que no hacen más que llevar al nivel de la colectividad o al nivel del otro, los problemas que se plantean a nivel individual. El hecho de querer la libertad del otro y no sólo la propia libertad, no confiere por ello mismo un contenido a la libertad. Sartre tiene razón en un sentido. El hecho de que el absurdo sea vivido en sociedad no hace que no sea absurdo.

Se pueden criticar una y otra de tales posiciones partiendo de sus mismas premisas. Si Marx proyecta lo universal sobre el plano de la sociedad, es porque se niega a reconocer en ella una realidad trascendental. Plantea la existencia de una dialéctica de lo individual y de lo universal pero, en lugar de ver en la trascendencia una complementariedad, ve una alienación. Esto es perfectamente discutible en los mismos términos de la dialéctica y manifiesta la irrupción de una opción arbitraria. Además, el hecho de reconocer una intersubjetividad, que no es una alienación, muestra que el hecho de recibir de otro no destruye la existencia, sino solamente la apropiación de la existencia. Por otra parte la noción de creación no aparece como sustrayendo al hombre de su realidad.

Bajo esta perspectiva resulta extraño ver hoy algunos sectores del pensamiento cristiano impresionados con la idea de que el reconocer a un Dios

trascendente, soberano, creador, sea aceptar una alienación del hombre. Y por ello proyectan el absoluto a nivel horizontal de la humanidad como totalidad o de la comunidad como finalidad. Pero esto no es sino la expresión repetida de una deficiencia, de una debilidad metafísica, de una contaminación del clima filosófico actual y finalmente de una falta de espíritu crítico que aparece como uno de los rasgos característicos de una parte de la inteligencia católica contemporánea. Por espíritu crítico entiendo no la "contestación" de lo real partiendo de lo ideológico, sino la confrontación de la ideología con la realidad.

Falta aún por añadir y afirmar que esta universalidad, que aparece como implicada en la voluntad individual de completarse, no podría llevarse a cabo en la realidad concreta. No haría más que pulverizarse en una multitud de individuos, y, una suma de individuos no constituye un universal. Lo mismo sucede con el falso pluralismo, la totalidad no puede sustituir a la verdad. Para que sea un elemento universal, conviene que sea un elemento común a todos y, por lo tanto, trascendente a todos, es decir, lo que hace que todo hombre sea un hombre. Poco importa como se llamará esta realidad. Pero es esto lo que se designa tradicionalmente con la palabra naturaleza. Y es en nombre de esta realidad, porque no está a merced de los arbitrios individuales, como es posible una comunión. Sólo ella, pues, puede fundar una instancia moral a la cual pueda apelarse ante arbitrariedades individuales. La sociedad no podía sustituir a la naturaleza puesto que la naturaleza es el único fundamento de la sociedad.

## NATURALEZA E HISTORIA

Una última oposición — que en buena parte está vinculada a la precedente — es la de la naturaleza y la historia. Es el carácter permanente del hombre lo que se discute. Esta "contestación" podrá venir de la ciencia humana. Revestirá diferentes formas. Será, por ejemplo, el historicismo sociológico que no ve, en lo que nosotros llamamos naturaleza, más que la proyección, a nivel de la conciencia, de la infraestructura técnica y económica que es la única realidad. Y esa supraestructura variará según la evolución de sus condicionamientos. O sea que, lo que nosotros llamamos naturaleza no sería más que un estado de hecho correspondiente a cierto momento de la civilización. La noción de naturaleza sería la expresión de la voluntad de rechazo del estado de cosas existente, la "contestación" a cada cambio de la infraestructura.

Muy diferente es la concepción estructuralista. Ésta subrayará menos la evolución que la heterogeneidad radical de los tipos de civilización unos con relación a los otros. Se trata de una visión mucho más estática que recuerda los ciclos de Spengler. Pero en la que también la referencia a una naturaleza humana es enteramente "contestada". No son sino equilibrios que se constituyen en una época y en un ambiente dado y que se reflejan en el lenguaje. Pero ninguno de tales sistemas constituye una totalidad que se baste a sí misma. Es esta totalidad, esta estructura de la sociedad la que se refleja como naturaleza; pero esta naturaleza no tendrá ningún carácter universal. No está constituida más que por las convenciones que la propia sociedad se da para poder existir.

Es en otra dirección que nosotros estamos con la



historicidad en el sentido heideggeriano y bultmaniano de la palabra, y que es por el contrario una ontología. Pues la experiencia del ser es histórica en el sentido en que este hombre es completamente inaccesible mas este hombre no adquiere inteligibilidad sino con el significado que le es dado a cada uno.

No habrá allí por eso ningún criterio de verdad objetiva sino una hermenéutica que será creadora de sentido. Al nivel exegético la existencia según Cristo, que es todo el contenido de la palabra de Dios, deberá ser perpetuamente reinterpretada en función de situaciones existenciales nuevas. Pero las determinaciones están siempre del lado del espíritu no del lado de la realidad.

Por eso, en lo que concierne a la tesis de la muta-

ción de la naturaleza humana en función de la evolución de la estructura técnica y económica, nosotros encontramos toda la ambigüedad que señalamos al principio y más acusada todavía. Lo único que cambia son los instrumentos de que dispone el hombre.

El hombre se sitúa en los acontecimientos, los cuales constantemente se modifican. Pero esto no concierne a la realidad humana ni a sus caracteres fundamentales, en su aspecto cualificativo. Es propiamente estúpido decir que el hombre moderno sea más inteligente que Platón, más genial que Dante, más santo que Agustín. Aquello que distingue al hombre de las diferentes épocas es accidental, lo que constituye su unidad es esencial. La naturaleza significa la permanencia de sus caracteres fundamentales.

## LLEGAR A SER LO QUE SE ES

Muy especialmente refutable es la tesis de la heterogeneidad de la cultura. Lo que es esencial, la conciencia moral, la conciencia metafísica, la dignidad personal es común a los hombres de todas las épocas y de todas las razas. Y esta universalidad es el fundamento de la fraternidad. Von Hildebrand ha atacado recientemente la tesis, hoy propuesta con frecuencia, de la diferencia fundamental entre la antropología bíblica y la antropología helenística — lo que supone la afirmación de que la helenización ha pervertido la autenticidad de concepciones bíblicas en el hombre. Ya a nivel puramente natural no hay entera heterogeneidad en lo que concierne la realidad fundamental de la inmortalidad del alma, de sus relaciones con Dios. Y la revelación queda idéntica, expresada en categorías semíticas o en categorías helenísticas.

En cuanto a la tesis de la historicidad del hombre, implica, ante todo, una teoría idealista del conocimiento, según la cual, las determinaciones serían la expresión del acto del espíritu, no de la realidad de la cosa. Si es verdad que la realidad tiene siempre un carácter inagotable, que ningún concepto podría expresar hasta el agotamiento, no es menos verdadero que aquello que afirma el espíritu expresa alguna cosa de la realidad, sea verdadero o falso — y es precisamente la referencia a lo real lo que permite el discernimiento —. De otro modo estaríamos prisioneros en un mundo de puro subjetivismo, en el que todo diálogo sería imposible, todo progreso impedido. Aquello que me interesa en una filosofía no es lo que me enseña el autor, sino cuanto ella me enseña de lo real.

Por otra parte, la concepción de la historicidad del hombre se apoya en una confusión entre la permanencia de la realidad y el progreso del conocimiento. No es el mundo astral el que ha cambiado desde Ptolomeo a Copérnico, sino el conocimiento que nosotros tenemos de él. No es el hombre el que ha cambiado de Platón a Heidegger, es el conocimiento que tenemos el que ha progresado. No es la realidad de la resurrección del Cuerpo físico de Cristo lo que ha cambiado. El progreso del dogma es la explicitación de las implicaciones de una cosa que es dada una vez para siempre. Ahora bien, para la hermenéutica bultmaniana, es la realidad misma que cambia con el lenguaje. Esto es contrario a toda actitud científica seria.

Esto no significa del todo que la temporalidad no sea constitutiva de todo aquello que es creado. Gregorio de Niza, después de Ireneo, ya observaba que lo que caracteriza el ser es que es movimiento de la nada al ser y que esto queda siempre constitutivo. El paso del ser a más ser. Pero tal temporalidad, este desarrollo, juega en el interior de todo orden, de toda naturaleza. Una cosa es la evolución del mundo de la materia y otra la transformación por parte del hombre de sus condiciones de existencia, con el crecimiento del conocimiento sobrenatural en medio de la tiniebla luminosa. La noción de naturaleza alcanza aquí la noción de orden. Esta no significa la fijeza que se querría hacerle expresar, sino que significa que el progreso auténtico consiste en llegar a ser aquello que se es.

# ESPIRITU SINTETICO DE SANTO TOMAS

He oído decir a Francisco Canals que a diferencia de lo que ocurre con los escritos de los Padres e incluso con la Biblia, Santo Tomás no ha sido tomado como bandera por defensores de posiciones extremistas. Es tan sintético que nunca expone la verdad sin cortar a un tiempo las dos mutilaciones correlativas que de la verdad hacen los extremismos opuestos. Por ello se me ha ocurrido traer aquí algunos párrafos de la Suma Contra los Gentiles típicos en este sentido:

## *Comienzo de los capítulos X y XII del libro I:*

Toda disertación que se dirija a probar que Dios es les parece superflua a quienes afirman que Dios es, es evidente por sí mismo, de suerte que no vale pensar en lo contrario. Y así no se puede demostrar que Dios es...

Hay otra opinión, contraria a la anterior, que también cree inútil el esfuerzo de querer probar que Dios es. No lo podemos descubrir racionalmente, dice; hemos de aceptarlo por vía de revelación y de fe. Algunos se han visto obligados a afirmarlo por la debilidad de las razones que otros aducían para probar que Dios es...

## *En el capítulo LXIII del libro IV:*

Resta, pues, decir que el verdadero cuerpo de Cristo comienza a estar en este sacramento cuando la sustancia del pan se convierte en la sustancia del cuerpo de Cristo, y la sustancia del vino en la sustancia de su sangre.

Y por esto se ve que son falsas las opiniones de quienes afirman que la sustancia del pan existe simultáneamente con la sustancia del cuerpo de Cristo en este sacramento, y también la de quienes sostienen que la sustancia del pan se aniquila o se resuelve en la materia prima. Porque el resultado de ambas es que el cuerpo de Cristo no puede comenzar a estar en este sacramento si no es por movimiento local; lo que es imposible, como se ha demostrado.

## *Final del capítulo VII del libro IV:*

Por donde se ve que sólo la fe de la Iglesia Católica confiesa verdaderamente la generación en Dios al

referir la generación del Hijo al hecho de que éste recibió la naturaleza divina del Padre. En cambio, otros herejes refieren dicha generación a una naturaleza extraña: Fotino y Sabelio, a la humana; Arrio, sin embargo, no a la humana, sino a cierta naturaleza creada más digna que las demás criaturas. Pero Arrio difiere de Sabelio y Fotino en que Arrio afirma que dicha generación existió antes del mundo, y aquellos niegan que fue antes de haber nacido de la Virgen. Se diferencia, sin embargo, Sabelio de Fotino en que Sabelio confiesa que Cristo es Dios verdadero y natural, contra el sentir de Fotino y Arrio; Fotino afirma que es puro hombre, y Arrio que es como una mezcla de una excelentísima criatura divina y humana. Ambos, sin embargo, afirman que es una la persona del Padre y otra la del Hijo, cosa que negaba Sabelio.

Mas la fe católica, marchando por un camino intermedio, confiesa con Arrio y Fotino, contra Sabelio, que una es la persona del Padre y otra la del Hijo; que el Hijo es engendrado y el Padre es absolutamente ingénito; sin embargo, afirma con Sabelio, en contra de Fotino y de Arrio, que Cristo es verdadero y por naturaleza Dios, y de la misma naturaleza que el Padre, aunque no la misma persona. Y esto incluso puede servir de prueba de la verdad católica, pues, como dice el filósofo, los errores dan testimonio de la verdad, porque, en realidad, no sólo se apartan de ella, sino incluso los unos de los otros.

## *En el capítulo VIII del libro IV:*

Así, pues, por haber afirmado que el Padre le ha dado, se proclama, contra Sabelio, verdadero Hijo (cf. c. 5). Y por la grandeza de lo que se da, se declara igual al Padre, para que Arrio quede confundido. Luego está claro que tal donación no indica indigencia en el Hijo. Porque no existió el Hijo antes de que se le hiciese tal donación, al ser su generación la misma donación. Ni la plenitud de lo dado permite que aquel a quien consta que se le dio pueda estar necesitado.

## *En el capítulo IX del mismo libro:*

Y del mismo modo lo que se dice: "El Padre, que mora en mí, hace sus obras", y "yo estoy en el Padre y el Padre está en mí", no demuestra la unidad de

persona, como quería Sabelio, sino la unidad de esencia, que Arrio negaba. Porque si fuese una misma la persona del Padre y la del Hijo, no se diría convenientemente que el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, al no decirse con propiedad que el mismo supuesto está en sí mismo, sino solamente por razón de las partes; porque, estando las partes en el todo y siendo costumbre atribuir a las partes lo que conviene al todo, algunas veces se dice que el todo está en sí mismo. Mas este modo de hablar no cabe en Dios, en quien no puede haber partes, como se demostró en el libro I (c. 20). Resulta, por tanto, que, como se dice que el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, el Padre y el Hijo no son un mismo supuesto. Sin embargo, por esto se prueba que la esencia del Padre y del Hijo es una sola. Porque, establecido esto, se ve claramente como el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre. Ya que, como el Padre es su misma esencia, por la razón de que en Dios no se distingue la esencia y quien tiene la esencia, según se demostró en el libro I (c. 21); resulta que en quienquiera que esté la esencia del Padre está el Padre y, por la misma razón, en quienquiera que esté la esencia del Hijo está el Hijo. De donde, estando la esencia del Padre en el Hijo y la esencia del Hijo en el Padre, porque la esencia de ambos es la misma, como enseña la fe católica, se sigue evidentemente que el Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre. Y así, con un mismo argumento, se refuta el error de Sabelio y Arrio.

*Y del capítulo XLI entresacamos:*

Oyendo, pues, los herejes que en Cristo se hizo

la unión de Dios y el hombre, abandonando el camino de la verdad, marcharon por otros derroteros al exponerlo. Unos juzgaron que esta unión era como la de aquellas cosas que se unen en una sola naturaleza, como Arrio y Apolinar, quienes afirmaron que el Verbo servía de alma o de inteligencia al cuerpo de Cristo (c. 32 ss.), y como Eutiques, quien sostuvo la existencia de dos naturalezas antes de la encarnación, o sea, la de Dios y la del hombre, y después de la encarnación una sola.

(...)

Mas otros, comprendiendo que era imposible opinar así, marcharon por un camino contrario.

(...)

Por eso afirmó Nestorio que la naturaleza humana es con respecto al Verbo como un templo; y así la unión del Verbo a la naturaleza humana habría de entenderse según la inhabitación solamente.

(...)

Resueltas, pues, estas cosas, por lo que ya dijimos (c. 37 ss.) es necesario afirmar que la unión del Verbo y el hombre fue tal, que ni de dos naturalezas se hizo una sola ni dicha unión del Verbo con la naturaleza humana fue como la unión de una sustancia, por ejemplo, la humana, con las cosas exteriores, las cuales se relacionan accidentalmente con la misma, tal como la casa y el vestido; lo que sí se ha de afirmar es que el Verbo subsiste en la naturaleza humana como en una naturaleza que se apropió por la encarnación, de manera que aquel cuerpo sea el verdadero cuerpo del Verbo de Dios e igualmente lo sea el alma, y el Verbo de Dios sea verdadero hombre.

M. M. D.



# LA CONFRARIA EN HONOR DE DEU E DE MADONA SANCTA MARIA DE LA MERCE

En nom de Deu e de madona Santa Maria sia. Ordonaren los promens texidors de drap de la Confraria a honor de Deu e de madona Sancta Maria de la Merce e aço sots invocacio de madona Sancta Maria. Primerament ordonaren que tothom e tota dona que entrara en la damunt dita Confraria que haja a pagar per entrada cinch solidos. — Item apres ordonaren los damunt dits promens que tot confrare o confrasesa que pach tots dissaptes un diner e aço a mantenir en luminaria una lantea que crem continuament a madona Sancta Maria de la Merce e altres obres piadoses que a ells sera be vist faedor. — Item ordonaren los damunt dits promens que si algun confrare o confrasesa haura accident de malaltia que Deu ha hia tramaesa que los promens que seran ordonats aministrar la dita Confraria si requestes ne seran ni lo pacient sera pobre de amichs o del aver del mon que li hajen ajudar o socorrer de la dita Confraria tro que sia guarit o soterrat axi mateix a visitar-lo e vetlar de nit si mester hi sera. — Item si algun confrare o confrasesa sera passat daquesta vida que tots los confrades hajen a fer honor e acompanyar lo cors fins que sie soterrat e hajen a dir trenta paternostres e trenta avemaries e aço per la anima del defunt o defunta e qui contrafara pach mija liura de cera o el valent convertissen en la caxa. — Item que sien elegits quatre promens aquells a qui als confrades sera vist faedor los quals aministren o tinguen la caxa de la Confraria pero que y haja duas tancadures e los dits administradors no tinguen la una clau ni l'altra ans sie comanada la una a un promen l'altra a un altre per ço que nos puxa obrir menys de cinch o sis promens e aquells sien mudats cascun any axi los aminis-



tradors com los clavaris. — Item que si alcuna discodia ni mal volença havia un confrare ab altre que los aministradors dejen amonester e corregir aquells e tornar en sana pau e concordia e si per aventura algun ni

haura que sia rebel e no volra star a corregiment ans volran star en lur malicia que aquell qualsevulla sia que sia gitat de la Confraria e ras del libre. — Item si alcu o alcuna volra esser en la Confraria que li sien legits los capitols e ordonacions e si li sera vijares que deja tenir e complir aquells e que haja a prometre e posar la ma sobre laltar de madona Sancta Maria e jurar per nostre Senyor Deus e los seus sants quatre evangelis ab les mans lurs corporalment tocats de tenir e complir e observar aquells aytant com en ell sera si excusacio justa no havia e aço en carrech de lur anima. — Item que los dits confrades e confraseses per raho de la dita Confraria e per tractar fer e acabar los negocis e fets de la dita Confraria se puxen aplegar cascunan y en per tots temps una vegada e moltes lla on se volran. — Item que puxen acceptar tots dissaptes com axi sia acostumat per a mantanir la dita luminaria de la dita lantea e altres coses necessaries utils e expe-

dients de la dita Confraria en tal manera que la dita Confraria haja bona perfeccio e bon acabament en tots sos affers e en totes ses necessitats. — Item que la dita Confraria haja quatre brandons ab senyal del dit offici qui servesquen en per tot temps con lo cors precios de Jhesuchrist ira per conbregar confrare o confrasesa e con confrare o confrasesa hi haura morts e aquells quatre brandons tinguen e regesquen quatre promens aquells los quals la dita Confraria o los promens de aquella elegiran.

## REMACHANDO EL CLAVO:

# SI, SATAN ES EL ADVERSARIO

En el número de CRISTIANDAD, correspondiente al mes de diciembre de 1969, se publicó un artículo, titulado: “¿La Iglesia de Cristo, ahora, por permisión divina, en manos de Satán, el adversario?”.

El artículo causó profunda impresión. No había para menos. Les escoció a algunos; pero satisfizo a los más.

Entre las muchas cartas de aprobación, adhesión y encomio que recibió el autor, fue notable la de un gran amigo suyo, teólogo seglar, muy docto y erudito, el cual, enjuiciando con benévola pero documentada crítica el escrito, empezaba su sereno parecer con estas palabras: “Conocía yo la visión de León XIII, en 1888. Recuerdo que una Pastoral colectiva del Episcopado portugués, por los años 1950 o 1952, tomaba inspiración en la visión

leontina para afrontar el análisis de la situación de la Iglesia en nuestra época. Es posición muy sólida la que toma como punto de partida la revelación del Pontífice más sabio que acaso ha tenido la Iglesia en esta edad de oro del Pontificado Romano, que se abrió con Pío IX y acabó el 9 de octubre de 1958, con Pío XII”.

Las amables indicaciones que añadía a las citadas palabras el preclaro escritor con cuya amistad se honra el autor del susodicho artículo; y otras insistentes sugerencias de personas autorizadas le han movido a proseguir el candente tema con algunos artículos, de los cuales será el primero éste que es como dice su título, para remachar el clavo; probando que sí; que en realidad de verdad, Satán es el adversario.

### I.—HABLA EL CONCILIO VATICANO II

Y a fin de que nadie piense que se trata de una “antigualla”, o de una teoría pasada de moda, levantemos en alto, como un haz de rayos luminosos, la doctrina que sobre este punto nos ha dado el reciente Concilio Ecuménico. Sus claras y serias enseñanzas acerca de Satán y sus satélites se pueden reducir a estos puntos:

1.º) Satanás retenía al hombre en la esclavitud del pecado. Dice así el Concilio en la Constitución Pastoral “Gaudium et spes”, sobre la Iglesia en el mundo actual: “Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios. Conocieron a Dios, pero no le glorificaron como a Dios. Oscurecieron su estúpido corazón, y prefirieron servir a la criatura, no al Creador (Cfr. Rom., 1, 21-25).

“Lo que la Revelación divina nos dice con la experiencia. El hombre, en efecto, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal, y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su Santo Creador. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último; y también rompe toda su ordenación, tanto en lo que toca a su propia persona, como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación.

”Es esto lo que explica la división íntima del hombre. Toda la vida humana, la individual y la

colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía; el hombre se nota incapaz de domeñar con eficacia, por sí solo, los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas. Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente, y expulsando al *príncipe de este mundo* (Cfr. In, 12, 31), que le retenía en la esclavitud del pecado (Cfr. In., 8, 34). El pecado rebaja al hombre, impidiéndole lograr su propia plenitud. A la luz de esta Revelación, la sublime vocación y la miseria profunda que el hombre experimenta, hallan simultáneamente su última explicación” (G. et S., n. 13).

2.º) De esta esclavitud de Satán nos liberó Dios por Cristo. Así lo asevera el Concilio en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia: “Como Cristo fue enviado por el Padre, Él a su vez envió a los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo. Y no sólo los envió a predicar el Evangelio a toda criatura (Cfr. Mc., 16, 15), y a anunciar que el Hijo de Dios, con su muerte y resurrección, nos libró del poder de Satanás (Cfr. Act., 26, 18) y de la muerte, y nos condujo al Reino del Padre, sino a realizar la obra de salvación...” (Sac. Conc., n. 6). Lo mismo repite el Concilio en la Constitución “Gaudium et Spes”, con estas graves y hermosas palabras: “Cordero inocente, con la entrega libérrima de su Sangre, nos mereció la vida. En Él, Dios nos reconcilió consigo

y con nosotros, y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado; por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: El Hijo de Dios me amó, y se entregó a Sí mismo por mí (Gal., 2, 20). Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos; y, además, abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido" (n. 22).

3.º Y contra el demonio debe luchar el cristiano. Es lo que en el mismo n. 22 de la Const. "Gaudium et Spes", añade el Concilio: "Urgen al cristianismo la necesidad y el deber de luchar, con muchas tribulaciones, contra el demonio, e incluso de padecer la muerte. Pero asociado al misterio pas-

qual, configurado con la muerte de Cristo, llegará, corroborado por la esperanza, a la resurrección (Cfr. Phil., 3, 10; Rom., 8, 17).

Estas enseñanzas Conciliares que en pleno siglo xx nos ha dado la Iglesia con palabras tan claras y tan categóricas, nos hacen ver sin género de duda el sentir de la Iglesia sobre la existencia, la personalidad, el poder maligno y a la vez la derrota de Satán. Y son enseñanzas que iluminan y orientan las mentes de todos, en medio del confucionismo de la época actual, porque están fundadas sólidamente en la palabra de Dios, que nos consta por la divina Revelación. Es lo que ahora vamos a exponer.

## II. — LA PALABRA DE DIOS

Con el nombre de Satán, vocablo hebreo, que significa "el adversario", o con el nombre de Diablo, palabra griega, que quiere decir "el calumniador", designa la Biblia a un ser personal, inteligente y maléficamente poderoso, cuya acción e influencia se manifiesta, en los Sagrados Libros, unas veces directa e individualmente por él mismo; y otras, por la actividad de otros seres, a los que la Biblia da el nombre de "demonios" o "espíritus malignos". Esta actividad maléfica de Satán y de sus satélites, dirigidos por él, se denomina en la Biblia con la palabra "tentación".

Al instruirnos el Espíritu Santo, por medio de los autores inspirados, sobre la inegable existencia de este maligno personaje y de sus ardidés; y al darnos los medios con que nos hemos de precaver contra ese "enemigo", y vencerles, nos presenta a Satán como la realización de lo que su nombre significa. Es él, sin género de duda, "el adversario". Lo es del designio de Dios sobre los hombres; lo es, de Cristo; y lo es, de los cristianos. Así nos lo presenta la Biblia con trazos inconfundibles. Veámoslo en breve resumen.

### 1.º *Satán, el adversario del designio de Dios sobre la humanidad*

El Antiguo Testamento habla raras veces de Satán; y lo hace de forma que, salvaguardando con todo cuidado la trascendencia de Dios único, evite a todo trance cuanto hubiera podido inducir a Israel a un dualismo (el autor del bien y el autor del mal), al que propendía con demasiada facilidad. A veces, más que como un adversario propiamente dicho, aparece Satán como uno de los ángeles de la Corte de Yahvé, que desempeña en el tribunal celeste una función análoga a la del fiscal en los tribunales humanos, encargado de hacer respetar en la tierra la justicia y los derechos de Dios. Sin embargo, bajo este pretendido y mentiroso servicio de Dios, se entrevé ya en el Libro de Job (1-3), una voluntad hostil, si no a Dios mismo, por lo menos al hombre y a su justicia; no cree en el amor desinteresado de Job a Dios (1, 9); sin ser todavía un "tentador", cuenta con que Job sucumba; secretamente lo desea, y se presiente que se gozará si Job prevarica y se vuelve contra Dios.

Pero ya en Zacarías (3, 1-15) el acusador fiscal se transforma en verdadero y tenaz adversario de los designios de amor de Dios acerca de Israel, su Pueblo escogido. Y de tal manera se nos presenta a Satán como el adversario de los designios amorosos de Dios sobre Israel, que para que éste se salve, es necesario, prime-

ramente, que el Ángel santo de Yahvé imponga silencio al adversario, en nombre de Dios mismo: "Imperet tibi Dominus" (Cfr. Jds., 9).

Todavía es más claro e importante lo que la Biblia nos presenta desde sus primeras páginas, haciéndonos ver que un misterioso personaje desempeñó un papel capital en los orígenes de la humanidad. El Génesis nos habla de la "serpiente". Pero esta serpiente, criatura de Dios como todos los demás seres (Gen., 3, 1), es algo más que serpiente, pues está dotada de una ciencia y de una habilidad que superan a las del hombre. Es que bajo la figura de aquella serpiente, se oculta un ser superior a ella y al hombre; un ser personal, inteligente y astuto. Y desde su entrada en escena, se la presenta, sobre todo, como el enemigo, el adversario de la naturaleza humana. Envidiosa de la felicidad del hombre (Cfr. Sap., 2, 24), llega a sus fines utilizando ya las armas que serán siempre suyas: La astucia y la mentira. El ser personal que se esconde bajo la figura de la serpiente, será "el seductor" (Gen., 3, 13); el adversario engañador (Rom., 7, 11; Ap., 12, 9; 20, 8 sgs.); "el homicida y mentiroso desde el principio" (In., 8, 44). A esta serpiente da el Libro de la Sabiduría su verdadero nombre: es el diablo, o Satán (Sap., 2, 24).

## 2.º Satán, el adversario de Cristo

La humanidad, ya en este primer episodio de su historia, entrevé, no obstante, que aun vencida por el seductor, pero un día ella también triunfará de su adversario (Gen., 3, 15).

La victoria del hombre sobre Satán es, en efecto, el fin mismo de la misión de Cristo, venido para "reducir a la impotencia al que tenía el imperio de la muerte, el diablo" (Hebr., 2, 14) — para "destruir sus obras" (1 In., 3, 8) — o, dicho con otras palabras, para sustituir por el Reino de su Padre el reino de Satán (1 Cor., 15, 24-28; Col., 1, 1 sgs.).

Así, todo el misterio de Satán, que en el Antiguo Testamento estaba como esbozado y entre nieblas, adquirió sentido pleno a la luz de Cristo, pues vino al mundo precisamente para liberar al hombre de la tiranía de Satán y de sus satélites. Por eso los Evangelistas presentan la vida pública de Jesús como un combate contra Satán.

La lucha comienza con el episodio de la triple tentación, en el cual, por primera vez, desde la escena del paraíso, un Hombre, representante del género humano, "hijo de Adán" (Lc., 3, 38), se halla frente a frente con Satán, el Diablo principal. Esta lucha del Hombre-Dios se continúa y se reafirma en las frecuentes liberaciones de posesos, que relatan los Evangelistas, prueba de que "ha llegado el Reino de Dios" (Mc., 3, 22 sgs.), y de que el reino de Satán ha llegado a su fin (Cfr. Lc., 10, 17-20). Esta lucha se pone de manifiesto hasta en las meras curaciones de enfermos (Cfr. Act., 10, 38); se prosigue también, más solapada, pero innegable, en el enfrentamiento que pone a Cristo en oposición con los judíos incrédulos, sobre todo con los fariseos, verdaderos "hijos del Diablo" (In., 8, 14); "engendros de víboras" (Mt., 3, 7 sgs.); y por fin la terrible lucha entre Cristo y Satán llega a su fase decisiva en la Pasión del Salvador. La relaciona San Lucas con la triple tentación de los comienzos de la vida pública de Jesús (Lc., 4, 13; 22, 53); y San Juan subraya el papel de Satán en la Pasión de Jesús; mas sólo para proclamar la derrota completa y final del Adversario. Parece que éste dirige la enconada oposición de los príncipes del Pueblo contra Jesús; pero en realidad, "no tiene ningún poder sobre Cristo"; todo es obra del inefable amor y de la rendida y heroica obediencia del Hijo (In., 14, 30). En el momento preciso en que se cree seguro de su victoria contra Jesús, es "derrocado" el "príncipe de este mundo" (In., 12, 31; cfr., 16, 11; y Ap., 12, 9-13); y ya desde entonces, el imperio del mundo que una vez había osado Satán ofrecer y dar a Jesús, si postrado en tierra le adoraba (Lc., 4, 6), pertenece ahora con pleno derecho y para siempre a Cristo, muerto y glorificado (Mt., 28, 18; cfr. Phil., 2, 9).

Tal es el verdadero sentido del Evangelio; y no lo entiende bien, ni alcanza todo su profundo significado, si no lo lee y lo considera a la luz de Jesús como luchador contra Satán, y vencedor de Satán. No hay manera mejor de entender y penetrar la vida y la acción de

Jesús, durante su vida pública y su Pasión, que situándola en la perspectiva de este duelo a muerte entre dos reinos o entre dos mundos, cuyo objeto es, en definitiva, la salvación del hombre. Jesús afronta personalmente a Satán, y reporta contra él esclarecida y pertua victoria (Mt., 4, 11; In., 12, 31).

Y si bien con esto se daba ya por entendido que Jesús, asimismo, había vencido a los satélites de Satán, a los "demonios"; sin embargo, el Evangelio, para nuestra más completa ilustración y enseñanza, nos describe, a lo largo de sus relatos de la vida y actividad de Jesús, cómo afronta también a los súbditos de Satán, a los espíritus malignos, que por permisión divina tienen misterioso poder sobre la humanidad pecadora, y los vence en su mismo terreno.

Tal es el sentido de los numerosos episodios del Evangelio, en que entran en escena los posesos: el endemoniado de la sinagoga de Cafarnaún (Mc., 1, 23-27); el de Gádara (Mc., 5, 1-20); la hija de la mujer sirofenicia (Mc., 7, 25-30); el muchacho epiléptico y poseso (Mc., 9, 14-29); el endemoniado mudo (Mt., 12, 22 sgs.); y María de Magdala (Lc., 8, 2).

Las más de las veces se entremezclan posesión diabólica y enfermedad; y así, nos dice el Evangelio unas veces que Jesús cura a los posesos (Lc., 6, 18; 7, 21); y otras, que expulsa a los demonios; lo cual nos hace recordar que toda enfermedad es signo de poder de los demonios sobre los hombres (Cfr. Lc., 13, 11). Al afrontar, pues, Jesús a la enfermedad, afronta a los satélites de Satán, los demonios; y otorgando la curación, triunfa de ellos. Los demonios se creían instalados en el mundo como dueños y señores; mas Jesús vino para perderlos (Mc., 1, 24). A la vista de la autoridad que manifiesta Jesús contra ellos, quedan las turbas asombradas y estupefactas (Mt., 12, 23; Lc., 4, 35 sgs.). Y si sus enemigos, en el paroxismo de su furor, le acusan: "por Beelzebub, príncipe de los demonios, expulsa a los demonios" (Mc., 3, 22) "¿no estará él mismo poseído del demonio?" (Mc., 3, 30; In., 7, 20; 8, 48, 52; 10, 20 sgs.); pero Jesús da la verdadera explicación: expulsa a los demonios por el espíritu de Dios, lo cual prueba que el Reino de Dios ha llegado ya a los hombres (Mt., 12, 25-28), y si Satán y sus satélites se creían fuertes, pero son desalojados y vencidos por otro más fuerte (Mt., 12, 29).

En adelante, pues, los exorcismos se realizarán tan sólo "en el nombre de Jesús" (Mt., 7, 22; Mc., 9, 38). El mismo Jesús, al enviar en misión a sus discípulos, les comunica su propio poder sobre los demonios (Mc., 6, 7, 13). De hecho, los discípulos comprueban que los demonios les están sometidos, prueba evidente de la caída de Satán, de sus satélites y de todo su reino (Lc., 10, 17, 20). Tal será en todos los siglos uno de los signos que acompañarán a la predicación del Evangelio, juntamente con los milagros. Lo predijo claramente Jesús; y se ha cumplido (Mc., 16, 17).

### 3. *Satán, el adversario de los cristianos*

Si bien la resurrección de Cristo determina, y, por decirlo así, consagra la derrota de Satán, el combate no se acabará, según San Pablo, sino con el último acto de la "historia de la salvación", "el día del Señor", cuando "el Hijo, habiendo reducido a la impotencia a todo principado y a toda potestad contraria, y aun a la misma muerte, entregue el Reino a su Padre, a fin de que Dios sea todo en todos" (1 Cor., 15, 24-28).

Como Cristo, también el cristiano tendrá siempre a Satán como su adversario, y habrá de vivir en lucha contra él. Ya a los comienzos de la Iglesia, es Satán el que impide a San Pablo ir a Tesalónica (1 Thess., 2, 18); y "el aguijón clavado en la carne de Pablo", obstáculo a su apostolado, es un mensajero de Satán (2 Cor., 12, 7-10).

Ya el Evangelio lo había identificado con "el enemigo", que siembra la cizaña en el campo del Padre de familia (Mt., 13, 39); es el que arranca del corazón de los hombres la semilla de la palabra de Dios, "no sea que crean y se salven" (Mc., 4, 15).

A su vez, el Príncipe de los Apóstoles, Pedro, advierte con graves palabras a todos los cristianos, que el "adversario" de ellos, de todos, es el Diablo; se lo presenta como un león hambriento y rugiente, que ronda sin cesar en torno a los fieles; buscando a quien devorar; y les exhorta a que viviendo sobriamente y en continua vigilancia, le resistan con las armas de la fe (1 Pe, 5, 8). Como en el paraíso, desempeña Satán el papel de un tentador, que se esfuerza por inducir a los hombres al pecado (1 Thess., 3, 5; 1 Cor., 7, 5); y por oponerlos así a Dios mismo (Act., 5, 3). Más aún, San Pablo, tras este poder con que personifica al que él llama "el pecado", parece suponer ordinariamente la acción de Satán y de sus satélites; poder del pecado; así se ve comparando el texto de San Pablo, Rom., 5, 12 y el Libro de la Sabiduría, 2, 24, con el del mismo San Pablo en Rom., 7, 7, y el del Génesis, 3, 13. Finalmente, si es cierto que el anticristo ya está en acción en la tierra, es el poder de Satán el que se oculta tras su acción maléfica (2 Thess., 2, 7 sgs.).

De este modo el cristiano — y tal es la tragedia de su destino — debe elegir entre Dios y Satán, entre Cristo y Belial (2 Cor., 6, 14), entre el "maligno" y el "Verdadero" (1 In., 5, 18 sgs.). Y por último día, y para siempre, estará con el uno o con el otro.

Satán, espíritu temible por sus "ardides", sus "trampas", sus "engaños", sus "maniobras" (2 Cor., 2, 11; Eph.,

6, 11; 1 Tim., 3, 7, 6, 9...); gustando, además, de "disfrazarse de ángel de luz" (2 Cor., 11, 14), es, con todo, un enemigo vencido. El cristiano, unido a Cristo por la fe (Eph., 6, 10), y por la oración (Mt., 6, 13; 26, 41), oración que, por lo demás, es sostenida por la de Jesús (Lc., 22, 32; cfr. Rom., 8, 34; Hebr., 7, 25), está seguro de vencer a su adversario; sólo será vencido el que consienta en serlo (Iac., 4, 7; Eph., 4, 27).

El cristiano, gracias a la acción vivificante del Espíritu Santo, sabe ahora discernir los espíritus (1 Cor., 12, 10), sin dejarse embaucar por los falsos prestigios del mundo diabólico (Cfr., 1 Cor., 12, 1 sgs.). Y la Iglesia, que, como Jesús, está empeñada en una guerra a muerte contra su adversario, conserva una esperanza invencible: Satán, ya vencido, ve que sólo tiene ahora un poder limitado, en la medida de las permisiones divinas, verá en el final de los tiempos su derrota definitiva y la de todos sus auxiliares (Ap., 20).

Efectivamente, al final de la divina Revelación, ofrece el Apocalipsis, particularmente a partir del cap. 12, una como síntesis sublime de las enseñanzas bíblicas sobre este "Adversario", contra el que, desde los orígenes hasta el término de la historia de la salvación, debe combatir la humanidad.

Satán, impotente ante la "Mujer" y ante el que Ella da a luz (12, 5 sgs.), se ha vuelto contra el resto de su descendencia (12, 17); pero el aparente triunfo que le deparan las ilusiones del anticristo (13, 17), acabará con la victoria definitiva y espléndida del Cordero y de la Iglesia, su Esposa (18, 22). Satán será arrojado, junto con la "bestia" y el falso profeta; junto también con la muerte y con todos los hombres que voluntariamente hayan sucumbido a sus ardides, en el estanque de azufre ardiente, que es la muerte segunda (Ap., 20, 10, 14 sgs.).

Véase para todo esto, X. León-Dufour, "Vocabulario de Teología Bíblica", vocablos "Satán" y "Demonios".

\* \* \*

En cuanto acabamos de consignar no hay nada que sea lucubración humana; todo, en absoluto, es Palabra de Dios; la cual, por lo tanto, entendida como se debe entender, en su sentido paladinamente obvio y perfectamente claro; en el sentido con que lo ha interpretado siempre el infalible Magisterio de la Iglesia de Cristo, demuestra con la plenitud de sus testimonios y con plena evidencia, que en realidad, Satán es el Adversario.

ROBERTO CAYUELA, S. J.



AL MEDIO SIGLO

# 1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XXIII

ITALIA: ETERNO CORAZON DE EUROPA, Y MEDIOCRIDAD ETERNA

## La guerra italo-turca

Efectivamente, comenzaba el nuevo acto.

Quizá, en definitiva, la única aventura relativamente feliz emprendida por Italia dentro desde su Unidad, y una de las escasas veces en que no había de resultar apaleada.

De otra parte, una aventura con cierta justificación. Si bajo el pretexto de la civilización, se había permitido a Francia y sobre todo a Inglaterra colonizar a casi la mitad superficial del Orbe en beneficio de su imperia- lismo, en Libia-Tripolitania-Cirenaica dicho pretexto pa- recía más justificado, toda vez que se trataba de liberar del oprobioso dominio turco una de las regiones más miserables del Globo y pobladas por tribus — las senou- sistas — ciertamente abyectas.

Tras también los pretextos e incidentes de rigor que se provocan en estos casos, Italia declaraba la guerra al Imperio otomano en 29 de septiembre de 1911. En conde de S. Giuliano, ministro de Negocios extranjeros daba, al mismo tiempo, toda clase de seguridades a Austria de que no se trataba de ocupar el aún entonces litoral tur- co (Albania) en el Adriático, escenario este último de fuertes y frecuentes roces entre los “aliados” italianos y austriacos, celosos unos contra otros de la extensión de su respectiva influencia en aquellas costas.

Con buen acierto, y consciente de su escasa combati- vidad, el ejército italiano se limitó a desembarcar en Tripolitania bajo la protección de los cañones de su flota, a la que los turcos no podían oponer buque moderno ninguno.

Al mismo tiempo, la flota italiana efectuaba espectacu- lares acciones contra las islas turcas del Egeo y las cos- tas otomanas, bombardeando Beirut, Samos y llegando incluso a los Dardanelos, que huelga decir no habían ni siquiera intentar franquear. ¿Cómo hubieran podido ha- cerlo, si allí fracasaban, muy pocos años después, todas las flotas unidas aliadas en ocasión de la I Gran Guerra? Pero, siempre bajo la protección de sus naves, Italia pudo realizar el desembarco y ocupación de todas aque- llas islas, de las Esporadas (aun cuando pobladas en rea- lidad por griegos) notablemente Rodas, Patmos, Le- ros, etc.

Todo esto llevó, por una vez, un tanto alto el presti-

gio de Italia. En noviembre de 1912, el Kaiser no des- deñaba visitar a Victor Manuel en Venecia, intentando atraer, por última vez, al aliado infiel, bien que inútil- mente.

## Y en el «póker» europeo, un golpe de fortuna

No siempre ha sido totalmente desafortunada Italia..., cuando ha encontrado quien le sacase las castañas del fuego. Y aquí le iba, felizmente, a suceder.

Aprovechando los apuros del desgraciado Imperio otomano, los, digamos jóvenes, Reinos o principados bal- kánicos se agitaban, y creían el momento llegado para concluir con la deminación turca en Europa, es decir, en los Balkanes; y se aprestaban a la lucha que, efectiva- mente, había de estallar en breve.

La diplomacia alemana y la austriaca, tradicionalmente protectores de Turquía como potencias pan-islámicas, aconsejaron vivamente a la Puerta el llegar a una rápida paz con Italia. Y ésta se apresuró a aprovechar la oca- sión, tanto más que sus tropas, como hemos dicho, no podían adentrarse en Libia más allá de la protección de los cañones de su flota.

En julio de 1912, Giolitti — como no — halló una fór- mula hábil para salvar el prestigio otomano. En julio de 1912 se abre en Lausana una conferencia de paz, entre Fusinato y Volpi (Italia) y Said Halim (Turquía), bajo la constante y solícita intervención austro-germánica, tan ansiosas de conseguir la paz entre sus “aliados”.

Entre tanto, y de hecho, la guerra había comenzado en los Balkanes; por lo menos sus primeros incidentes (29 septiembre 1912) en Montenegro. Por ello en 15 de octubre, y en beneficio de Italia, Turquía se apresuraba a firmar la Paz. Evacuaba ésta sus tropas de Libia y Ci- renaica, que quedaban bajo la administración italiana, restándole sólo al Sultán de Constantinopla “su autoridad religiosa”. De otra parte, Italia se comprometía a eva- cuar sus fáciles conquistas de las islas del Egeo..., pero siempre, posteriormente, y a condición de la evacuación total de tropas otomanas en Libia.

Quedaba consagrada, por tanto, la conquista de esta árida y triste, pero extensa región. Muy según la menta-

lidad de la época, esta conquista entraba dentro de las más justificables. No hay duda que toda esta parte del Norte de África, geopolíticamente hablando, entraba, con mucha mayor justicia, dentro de la esfera italiana, que no Egipto dentro de la inglesa, y Túnez, Argelia y Marruecos en la francesa..., que nadie discutía. De otra parte, y en honor a la justicia, hay que reconocer que la labor civilizadora de Italia en la Libia-Cirenaica, sobre todo posteriormente en los buenos años del fascismo, fue ilustre.

### Las últimas boqueadas de la «Triplice»

Aun se renovó ésta en 1913. ¿Cabía mayor comedia de parte de Victor Manuel y de su Gobierno? Tras la conquista de Tripoli, y, con mayor razón aún, de las islas del Egeo, ¿quién podía tomarse en serio siquiera la idea de que Italia osase jamás entrar en guerra contra las grandes potencias marítimas, Francia y sobre todo Inglaterra, que con el sol o bloqueo de sus buques, la privaban inmediatamente de toda comunicación con sus colonias (las del Mar Rojo e Índico debiendo pasar por Suez), y aquellas antes citadas islas, como pudo verse sucedió en 1940 décadas más tarde?

La Guerra balcánica, que nos ocupará D.m. el próximo artículo, venía a demostrar una vez el antagonismo, la enemiga existente, y ya declarada e inevitable, entre Austria-Hungría e Italia. En la guerra balcánica late el antagonismo ruso-austriaco por encima de todo, con Francia y Alemania respectivamente tras los bastidores, e Inglaterra, como siempre, atenta a sacar baza de las luchas entre unos y otros. Y en dicha guerra se ve claramente a Italia al lado de los intereses de Rusia, es decir, de los de Francia, y, mejor dicho aun, de los anti-austriacos.

Teóricamente “aliadas”, las diplomacias austriaca e italiana no cesan de forcejear. Toda posible o lejana expansión o ventaja (ya se había visto en 1907-8 cuando, con toda justicia y tradición, Austria anexionó la Bosnia y Herzegovina) de la vieja Monarquía dual de Viena, era objeto de una reclamación de parte del Quirinal, de Roma, que soñaba con expansionarse hacia el litoral albanés, y que sentía celos hacia la más mínima ganancia, siquiera moral, que en los Balkanes pudiese lograr el pacífico Imperio austro-húngaro ante las constantes inmisiones pan-eslavas del Imperio del Zar. Es instructiva la lectura, exhaustiva, de las memorias, documentadísimas, publicadas en Milán y en Oxford por el entonces senador Albertini (del “Corriere della Sera”). Es inimaginable que, entre “aliados” oficiales pudiese existir tanto recelo, tanta pugna sórdida y latente. Sobre todo con los problemas derivados de las pretensiones serbias de llegar al mar, y del establecimiento del Reino de Albania, para cuyo trono — verdaderamente de opereta —, cada gran potencia ofrecía su candidato-marioneta, y en cuyo asunto la pobre Austria-Hungría había de ob-

tener su último y efímero triunfo: el reconocimiento, para el mismo, de su “cliente” el alemán príncipe de Wied. Italia — incluso por medio del político, en lo exterior el más leal y prudente, pese a su tan repetida cazarería, Giolitti, y su ministro “exterior” San Giuliano — llegó a apoyar decisivamente a Servia, al salvaje país que había de ser la piedra de escándalo y de fatalidad para Austria.

Y en 1914 Italia extiende sus reivindicaciones más allá del Friul. Ya quiere, del Imperio de los Habsburgo, toda el Istria, pese a su población eslava. La “volta face” de 1915 se estaba ya dibujando. No es la primera vez, como hemos visto, que CRISTIANIDAD ha ahondado este apasionante histórico tema.

### Entre tanto, en lo interior...

Injustos seríamos si limitásemos todo nuestro estudio al aspecto de la política exterior, bien que, como hemos venido haciendo al tratar de todas las Grandes potencias de la época, éste, para nuestro fin, sea el aspecto primordial y básico.

Dentro de las enormes dificultades derivadas de la limitación de su territorio metropolitano, de su práctica carencia de colonias (hasta lograr su incipiente expansión Tripolitano-líbia, de Eritrea y de Somalia, constituyendo un conjunto insignificante al lado de los Imperios colonias inglés, francés, ruso e, incluso, el alemán), de la pobreza de su tierra, de su excesiva población, Italia, tras su unificación, es indudable que realizó un progreso material indudable. Ya hemos significado que la Unificación era necesaria, era indispensable, sobre todo dados los tiempos (1870 a 1914). Y que, la Iglesia, maternal y comprensiva, si bien oficialmente se veía obligada a mantener todos sus “non possumus”, iba dando al país — como una Madre al hijo ingrato —, todo cuanto podía. León XIII con su diplomacia. Pero luego, sobre todo, San Pío X. Es significativo, como hemos señalado en su lugar, que este Santo Pontífice, tachado hoy, como no, de todas las intransigencias, se apresuró a conceder a los católicos toda la libertad de movimientos políticos en bien de su país, y sobre todo, de su economía. Y es que, en el fondo, muy poca apetencia han tenido — ni menor apego — nuestros Papas a un Reinado temporal. Lo que no pueden tolerar es que se discuta su derecho a tenerlo. En cuanto a ejercerlo ¿qué interés pueden tener en ello, ante el infinitamente superior que representan las almas?

Esta situación, que fue mejorando hasta clarificarse felizmente con el formidable Pío XI en sus felices Tratados de Letran, que le permitieron de una vez respirar libremente y sacudirse los cuidados materiales que menospreciaba santamente por poco que le complicasen los espirituales, contribuyó enormemente al progreso económico de Italia. Este país, sobre todo desde 1900, ha venido derivando hacia un desarrollo industrial enorme, que lo ha colocado en primerísima línea en el concepto mundial.

Regiones como el Piamonte, la Lombardia y la Liguria, han figurado y figuran entre las de la máxima densidad industrial del Orbe, apenas sobrepasadas por las más intensas de Alemania y de los Estados Unidos, superando las más acusadas de la propia Francia y quizá, incluso, de Inglaterra.

Es cierto que ello ha acarreado, como consecuencia, una transformación que, si bien material primero, ha traído consecuencias morales luego — bien que no únicamente registradas en Italia —. El predominio de la técnica sobre el arte. En la Península predestinada, corazón de Europa, los grandes científicos que se extendieron desde Volta y de Galvani hasta Marconi, habían de interesar más a la juventud que toda la tradición de los Miguel Ángel y de los Rafael. Quizá por esto, el mixto Leonardo de Vinci haya sido, a su manera, el genio precursor más completo que haya existido desde el Renacimiento, pues ha sido el único que ha sabido combinar esto que, por desgracia, sigue siendo, de hecho, una antinomia, con grandes y graves consecuencias sobre la men-

talidad moderna, de la que es oprobio: la incompatibilidad, de hecho, entre arte y ciencia, entre la belleza y la técnica.

La expansión italiana en muchas actividades industriales — la del automovilismo es quizá el ejemplo más patente —, representando un éxito en un mundo que, en cambio, parece tributar culto a la fealdad y a todas las dudas y agnosticismos, coloca a la Península como ejemplo patente de lo que sucede en Europa toda. Una vez más, Italia sigue siendo corazón de Europa, y quizá con ella comparta esta mediocridad de hoy, esta mediocridad del arte y del intelecto, que se está convirtiendo en tragedia general y que parece amagar ser eterna.

\* \* \*

Acabado aquí el estudio, una por una, de las Grandes Potencias en 1914, dedicaremos D. m. el próximo artículo a resumir la Guerra balkánica, que fue su prólogo, y que preparó, en forma inmediata, la gran Tragedia que se inaugurara en Sarajevo.

LUIS CREUS VIDAL



*Arcángel San Miguel, defiéndenos en la batalla; sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. Reprímale Dios, pedimos suplicantes; y tú, príncipe de la celestial milicia, lanza al infierno, con el divino poder, a Satanás y a otros malignos espíritus que discurren por el mundo para la perdición de las almas.*

# EL ALGEBRA DE LA REVOLUCION

Es la dialéctica. Con los métodos de la lógica formal, trataremos de establecer un álgebra para la misma dialéctica. En lógica simbólica se representan las proposiciones por letras, y la negación de una de ellas anteponiéndole el signo  $\neg$ .

La Verdad es única. Si quisiéramos representarla por medio de una letra, deberíamos escogerla de manera que subsumiese en su significación, la de todas las letras de todos los alfabetos posibles. Debería ser a la vez Alfa y Omega.

Pero la verdad que esta letra representaría es incomprendible para cualquier entendimiento limitado, y sobre todo para el humano. Es por eso, por lo que debemos decirla fraccionadamente, contemplándola en diversos aspectos. Desde nuestro punto de vista, la Verdad nos aparecería simbolizada así:

$$(a, b, c, d, \dots)$$

en donde cada letra representa un aspecto parcial de la misma.

A lo largo de la historia, el hombre, entendimiento potencial e incorporado, la va descubriendo sucesivamente, entre un bosque de dificultades por el que muchas veces se ha perdido. Incluso la inteligencia del Dogma Católico es paulatina, aunque siempre hacia un más profundo conocimiento de la misma y única Verdad.

Pero esa Verdad, tiene y ha tenido enemigos, cosa difícil de comprender pero explicable. El reconocimiento de la Verdad íntegra obliga su adoración, y cuando el hombre orgulloso, se hace esclavo del soberbio "non serviat" de Satanás, busca una verdad lesionada, pues no puede desearse una mentira total, con tal de no adorar nada más que a sí mismo. Por eso parece que defiende la verdad, pero en realidad no lo hace por amor, sino por odio a la parte de verdad que rechaza.

Simbólicamente podemos representar así el proceso: el hombre comienza descubriendo (a). Un enemigo de (a) afirma (b) defendiendo:

$$(\neg a, b)$$

Es una tesis. El primero reacciona arguyendo:

$$(a, \neg b)$$

Es una antítesis. Los dos pueden ponerse de acuerdo por la vía fácil a base de negar simultáneamente (a) y (b), para lo cual necesitan afirmar (c). Con ello sostienen:

$$(\neg a, \neg b, c)$$

Es una síntesis. Si alguno, que anteriormente hubiera sido lo suficientemente inteligente para entender (a) y (b), se opusiera ahora con:

$$(a, b, \neg c)$$

habría caído en el juego de la dialéctica, que, como ya puede extrapolarse, acabará con la gran síntesis:

$$(\neg a, \neg b, \neg c, \neg d, \dots)$$

es decir, absolutamente en contra de aquella Verdad que es a la vez Alfa y Omega. Quienes lleguen hasta aquí, quedarán habitando un fuego eterno de contradicción y movimiento.

Sólo en la caridad de la única Verdad está la liberación de la contradicción y el consuelo de la esperanza en aquel salto sobrehumano que lleva, en términos de San Agustín, hasta su visión facial en un abrazo incorpóreo, cuando ya se escuche el eco eterno de aquel decir del santo obispo: "Tarde te he amado, Belleza antigua".

M. M. DOMÉNECH I.

## «CONTESTACIONES» «CONTESTATARIOS»

Con este título el Cardenal Danielou ha publicado un libro del que nos congratulamos en ofrecer a nuestros lectores el capítulo V.

*Una de las manifestaciones más clamorosas de la crisis de la inteligencia occidental contemporánea es el gusto de la contestación salvaje. Las contestaciones se multiplican a nivel cultural, civil y religioso.*

*Entre las contestaciones la primera es la que sostiene que los valores morales, culturales y religiosos son simplemente el reflejo de un estado determinado del desarrollo técnico y social, y rechaza todo valor permanente. Es lo que afirma por ejemplo la contestación en la universidad. Se sostiene, a propósito de esto, que la universidad de hoy es el reflejo de la sociedad burguesa, y, puesto que la sociedad burguesa está históricamente condenada, la universidad debe ser contestada en su totalidad y sustituida por otra, que sea la expresión de la sociedad socialista. Los mantenedores de esta tesis son habilísimos en suscitar en los que tienen otras convicciones una falsa conciencia que debilita su voluntad de resistencia, insinuando en su mente que los motivos de la resistencia son puramente conservadores en el sentido político y sociológico de la palabra.*

*Pero el error de estos últimos es debido a que se dejan impresionar por la tesis en nombre de la cual viene la contestación. Ciertamente ella tiene una cierta parte de verdad al nivel puramente sociológico. Sin embargo, sería preciso demostrar en primer lugar que la economía capitalista, es radicalmente mala, y la otra, la marxista, es radicalmente buena. Pero el cristianismo siempre ha rechazado juicios así apriorísticos y maniqueos, porque ha considerado los sistemas económicos moralmente indiferentes en su naturaleza, no en sus abusos; ha interpretado que deben ser juzgados partiendo de la base de su capacidad de servir a la sociedad y permitir a los hombres desarrollarse integralmente.*

*Mas este no es todavía el verdadero problema. La verdadera cuestión va hacia las relaciones entre los valores humanos, morales y religiosos de una parte, y la sociedad económica y política de otra. Como ya he dicho, la primera contestación es la que pone la realidad de la cosa en la infraestructura sociológica y considera los valores como expresiones de esta estructura: estos valores no tendrían ninguna consistencia fuera de este contexto y serían simplemente la*

*proyección en la estructura ideal. Pero esta afirmación es contestable. Como he demostrado en otra parte (Cf. La fe cristiana y el hombre de hoy) los valores no dependen de la estructura social. Por otra parte guardaos de la sociedad que se reservase el derecho de pronunciarse sobre los valores: un mundo en el que los poderes llegaran a ser la última y definitiva fuente de la moral sería espantoso. La garantía de la libertad está en la certeza de que los poderes son juzgados en nombre de una autoridad más alta.*

*Pero hay todavía una contestación que es más grave que la precedente: es la que reduce la inteligencia a un papel negativo, o sea a decir siempre no. De ello se pueden encontrar muchas manifestaciones a todo nivel, en el arte, en la literatura. Claudel criticando el verso de Baudelaire: "...ahondo en lo desconocido para encontrar lo nuevo", decía justamente: "yo no necesito ahondar en lo desconocido para encontrar lo nuevo; yo necesito penetrar en lo conocido para encontrar lo inagotable". La palabra de moda hoy es "insólito". Los pintores del siglo diecisiete rehacían indefinidamente el mismo cuadro, buscando sumergirse en tonalidades cada vez más densas; los escritores del siglo decimoséptimo escribían de nuevo la historia de Fedra y de Ifigenia para conseguir de este modo penetrar cada vez más en el descubrimiento maravilloso de los abismos de la realidad. Cuando por el contrario se muestran fastidiados de lo real se asemejan a aquellos estómagos corrompidos que no consiguen soportar los alimentos naturales. La náusea de comprobar lo que constituye la dimensión maravillosa e inexaurible de la realidad es el signo preocupante que señala la crisis.*

*En esta actitud fatua hay una especie de resentimiento y de envidia respecto a Dios una pretensión de poder hacerlo mejor que Él; ello revela un egocentrismo e incapacidad de salir de sí mismo, de abrirse y de gustar la maravilla, lo que me parece una de las más graves taras de la cultura contemporánea. Sobre este plano los profesores, y especialmente los profesores de literatura, tienen una responsabilidad inmensa en la formación de la inteligencia, de la sensibilidad y de la psique de los jóvenes: ellos, en efecto, pueden orientar en manera determinada la lectura de*

un libro. En efecto, fin de la educación es enseñar a juzgar, no imponer dogmáticamente las propias opiniones; su fin es juzgar en función de referencias no impuestas desde fuera, sino fruto del interior.

La tarea más urgente de hoy es curar la inteligencia abriendo la mente de los jóvenes a los valores que ellos han de amar en una edad en que todavía no están corrompidos.

El objeto de la inteligencia es adaptarse a la realidad. Ser inteligente significa ante todo estar en condiciones de decir sí, de captar el ser. Convendría releer el Arte poética de Claudel basada sobre el concepto de "conocer", o sea "co-nacer" nacer con. La inteligencia, es en primer lugar y fundamentalmente contemplativa, es el sentido de que es informada de la realidad a todo nivel; es aptitud para nutrirse del ser. Sólo en un segundo tiempo debe intervenir la función crítica que consiste en rectificar lo que en el proceso intelectual ha sido alterado. La función crítica significa que el saber no es simplemente conocimiento, sino conocimiento consciente. Ella es fundamental para el paso de la intuición espontánea al estadio de la reflexión. Pero la función crítica tiene un valor solamente en la medida en que constituye un método para conocer mejor el ser y no para negarlo.

La tercera contestación es la que se refiere a la autoridad. Todo lo que hoy ejercer una autoridad es "contestado". También sobre este motivo es necesario reflexionar y distinguir. Es evidente que pueden comprobarse abusos de autoridad. En esta ocasión me limito a hablar de la autoridad en el campo de la enseñanza, no en el del gobierno de la cosa pública. Todos recordamos haber experimentado en los cursos universitarios contra los que los jóvenes de hoy han tenido el valor de protestar, más de cuanto hemos sabido hacer nosotros en nuestro tiempo; y no podemos dejar de alegrarnos. Alguna vez sucedía que ciertos profesores, junto a la cátedra, se consideraban no sólo inamovibles sino omnipotentes; y no se preocupaban de los estudiantes. Tal comportamiento es inadmisiblemente insoportable.

Pero hoy la contestación ataca algo mucho más profundo. Expresa la voluntad de querer autoformarse y autoeducarse. En esta perspectiva lo que tiene importancia es reflexionar sobre "propia" experiencia; todo lo que implica cualquier clase de dependencia sería contrario a la libertad.

Es evidente que en materia científica y jurídica la contestación deberá aceptar una mínima formación. Pero nos preguntamos en materia filosófica y literaria. ¿Será aún posible una comunicación entre profesores y alumnos? O bien el profesor vendrá a ser simple-

mente el espectador de un psicodrama y al mismo tiempo aquel que no está línea?

Estas afirmaciones nacen de una falsa concepción del conocimiento y de la conciencia. Según esta concepción, la inteligencia no puede admitir como verdadero sino aquello que ha podido comprobarse; a su vez la libertad deberá reconocer como autoridad la sola conciencia individual. Solamente el yo sería juez de lo verdadero y de lo bueno. Pero esta afirmación es falsa. De hecho una forma de conocimiento perfectamente legítima es la que se apoya en la competencia de otro en el terreno en que no existe la posibilidad de comprobar las cosas personalmente. Esto es evidente a nivel científico; el conocimiento científico de los hombres contemporáneos está fundado sobre la fe que ellos saben que pueden tener justamente en algunos científicos. Y los criterios que permiten distinguir una competencia auténtica de la de un soñador arbitrario son perfectamente rigurosos.

Estas reflexiones son también válidas a nivel de las relaciones humanas. ¿No hay tal vez testimonios a los cuales tenemos el deber de creer fielmente? Toda relación humana presupone que la fe sea un medio legítimo de acceso al ser y, en el campo científico el sólo medio de acceso al ser en los argumentos esenciales. De hecho aquellos que no son especialistas no pueden, sino en casos excepcionales, seguir directamente la experimentación científica. En muchos casos tenemos el derecho de referirnos a alguien en quien tenemos fe. Por eso cuando nuestra experiencia no puede abarcar algunos aspectos de la realidad, debemos necesariamente conceder nuestra fe a los verdaderos competentes, y esta nuestra actitud no lleva ciertamente a la abdicación de la inteligencia.

A nivel de la fe esta elección es fundamental. De hecho por definición la fe es algo que no puede nacer de una pura reflexión personal. Consiste en reconocer que existe un campo en el cual no tenemos una competencia y que supera el que nosotros podemos captar con nuestros medios individuales; y en fin basta interrogarnos para saber que en esta dimensión hay una competencia indiscutible a la cual tenemos el derecho de conceder nuestra fe. "Nadie ha visto nunca a Dios sino el Hijo único que está en el seno del Padre que nos lo ha dado a conocer". Creer es "otorgar nuestra fe" a alguien que sabemos poder otorgársela. Quien piensa que no puede creer más que aquello que en sí ha experimentado es radicalmente inaccesible a la fe. O bien confunde la fe con la experiencia religiosa, o sea la búsqueda de Dios: lo que es una confusión muy grosera (Cf. a este propósito,

nuestro libro *La fe cristiana y el hombre de hoy*, cap. 3).

El problema de la contestación de la autoridad en la Iglesia se enfrenta con esta perspectiva. La contestación eclesial pone en cuestión la Jerarquía como detentora de la autoridad. Esta contestación se sitúa en un debate mucho más amplio que discute el aspecto institucional de la Iglesia. Sostiene sus argumentos afirmando que el cristianismo es esencialmente un movimiento profético en el cual la Jerarquía habría aparecido en un segundo tiempo como una realidad secundaria. Pero si hay un hecho cierto en el Evangelio es que Cristo ha consagrado los últimos tres años de vida pública a formar los apóstoles, a los que quiere confiar el depósito de su enseñanza y de su obra salvífica para que fuese comunicado a los hombres en su integridad. Y esta institución constituye la estructura permanente de la Iglesia. Pero alguno podrá objetar: nosotros admitimos que la Jerarquía de la Iglesia y, en modo especial el sucesor de Pedro tenga la autoridad de enseñar auténticamente las verdades reveladas, pero nos parece que sobrepasan los límites de su competencia cuando se ocupan de problemas que se refieren a la sociedad contemporánea. Por ejemplo: ¿La Jerarquía tiene competencia sobre problemas como el afrontado en la encíclica *Humanae vitae*?

Si se respondiese negativamente, convendría sostener también que los Pontífices que, de León XIII a Pablo VI ha tratado los problemas sociales e internacionales habían afrontado argumentos que no les tocaban. Ciertamente, los problemas técnicos son de competencia de los técnicos. Pero el uso de la técnica plantea problemas morales: pensar en la energía atómica o bien en la organización de la industria. La

Iglesia siempre ha reivindicado su derecho y deber a intervenir en todos los problemas que se refieren a la condición humana: por eso también y sobre todo en los del amor y del matrimonio, que se refieren más que ningún otro al misterio del hombre y su vocación. En este sentido la valuación sobre el uso de la técnica es de su competencia exclusiva.

Cierto, la cuestión de la autoridad plantea a la autoridad misma un problema difícil, porque es siempre desagradable defender la autoridad por medio de la autoridad. Pero cuando la autoridad de la Iglesia da testimonio de la autoridad en la Iglesia, no lo hace para defenderse a sí misma, sino para mantener intacto el depósito que Jesucristo le ha confiado. Porque la Iglesia debe ser fiel a la voluntad de Cristo, tiene el deber de defender la Jerarquía como un elemento fundamental de lo que el Señor ha instituido.

Comportándose de este modo, la Iglesia defiende los bienes más preciosos, los más propios del fiel y para todos los hombres. Defiende la verdad demostrando que en un mundo de opiniones contradictorias, en una Iglesia en la que los teólogos se oponen unos a otros, hay un punto de referencia que no puede engañar: o sea, la Sede de Pedro. Gracias a ella queda salvaguardada la unidad. De hecho por todas partes la Jerarquía auténtica no realiza esta unidad, la Iglesia se fracciona en minúsculas capillas que tienen como pequeños papas los teólogos y cada una pretende decidir para todos los problemas de fe y costumbres. Así se forman nuevos poderes que obran sobre la opinión pública y sustituyen al magisterio auténtico. Por esto la libertad está amenazada, porque lo que garantiza la libertad es la posibilidad de apelar a una autoridad suprema contra la presión de la colectividad.

(L'Osservatore Romano, 19-9-70)



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

OCTUBRE

**GENERAL.** — Que predicadores y teólogos expliquen la palabra de Dios de acuerdo con el magisterio de la Iglesia.

**MISIONAL.** — Para que los jóvenes amen el apostolado misionero.

# LA BIENAL DEL ARTE EN VENECIA

## GALERIA DEL ABSURDO

El ingenio malévolo — un experimentador biológico, científico — que inventó la espaciosa cárcel de cristal con abejas y flores metálicas — presentada en uno de los pabellones de la Bienal de arte de Venecia — tenía, hay que confesarlo, un concepto muy actual de la vida. Tal vez sepa mi charla a pesimismo — a pesimismo más que a acidez —. Pero el mundo de hoy, científicos, escritores, políticos y artistas, quieren convertirlo en una auténtica jaula de la locura, con abejas y con flores artificiales, en virtud de un despiadado dirigismo materialista y de una rabiosa mecanización.

Estamos viviendo la era del artificio. Artificiales los hombres, las mujeres, las modas, las maneras, el ritmo de la vida que nos deja con sed, las corolas metálicas en que vamos a chupar néctares ficticios, como las abejas de nuestro extraño inventor. ¿Qué puede significar, en esta magna exposición experimental del arte absurdo, que unas abejas, en una colmena apañada por el ingenio humano, abierta a un ámbito encristalado se detengan a libar de las flores muertas, de las que no tienen vida, pero sí néctares producidos químicamente, y desprecien luego las flores de la realidad que hay en el jardín exterior? Toda la actual Bienal de Venecia, que he recorrido con estupor, es una apología de lo absurdo en la vida.

Una suerte de orgullo del hombre que quiere ser autónomo, que no quiere depender de una realidad superior, tiende a perturbarnos, nos marea, nos quita el equilibrio, el sosiego. Un amontonamiento de creaciones, no desprovistas de calidad, pero sí negaciones ásperas de valores jugosos y buenos de la vida, nos arrolla en salas de un blancor irradiante de sábana o quirófano, impregnadas de una torturante luz fluorescente donde se aniquila toda sensación de paz. Nada más monótono, persistente, obcecado, obsesivo, que estas salas que van sucediéndose para nuestra desolación. No es ésta una crítica negativa del arte abstracto. Ni tan siquiera pretendo negar la capacidad creadora a los artistas que han participado en la exposición. Salvando ligeras excursiones por el terreno de la frivolidad, como los espejos multiplicadores de una de las salas del pabellón de España, todo esto quiere

decir algo, todo esto tiene su significación, y eso nos duele, es lo que sentimos, lo que nos quita la esperanza, nos hallamos no ante una mentira que pudiéramos desatender, sino ante la verdad del ser humano en descomposición.

Me metí en un laberinto de grandes lienzos blancos, fui torciendo por sus galerías de dramática frialdad, de pronto aparecen unos jóvenes menudos, vestidos de dejadez insolente, sentimos que estos personajes concuerdan con el arte que se nos brinda, experimentamos angustia, miedo, querríamos huir, escapar de esta checa artística, de este laberinto experimental, los retablos sin expresión, o quizá demasiado expresivos, como un guiñar agolpado de infinitas miradas sin pupila, todo nos empuja hacia fuera, no hallamos la salida, reaparecen los desaliñados visitantes, sentimos vacilación, malestar, estamos mareados, hemos vuelto a sentir miedo. Cuando conseguimos escapar a los jardines, respiramos la liberación, creemos haber recobrado nuestra humanidad.

Al salir de la Bienal, por desgracia, sabemos mucho de la experiencia, del arte de esta exposición, que nos parece una imagen del mundo actual, alma del hombre decadente, el espejo de un ser que se ha despojado de sus valores de naturaleza y cae en la tecnificación o en la extravagancia.

En algún punto, la angustia llega al límite. Nos hallamos en el pabellón de Polonia. Una evocación religiosa: el Cristo maltratado, en un ambiente de horror. El espanto de los campos de concentración: rostros hoscos, ceñudos, zapatos viejos, zapatos que quizá pertenecieron a las víctimas que reproducen las numerosas fotografías del fondo.

Si lo que se pretende en esta exposición, en la que no falta el arte de los países socialistas — apogeo de maquinarias sin belleza, puro utilitarismo al servicio de la aniquilación — es conseguir un ámbito de malestar, se ha alcanzado plenamente. No faltan algunas creaciones más halagüeñas, suavemente figurativas, en el pabellón de un país nórdico o en el de Grecia. Pero del conjunto sacamos una lección, un propósito: resistir firmemente a los poderes absurdos que se conjuran contra el hombre de nuestros días.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL





## «TODA LA VERDAD SOBRE LAS ELECCIONES EN CHILE»

El profundo impacto causado en la opinión pública de Brasil y de toda América del Sur por el resultado de la reciente elección presidencial chilena, hace indispensable un análisis sereno y objetivo de lo que en el país hermano acaba de acontecer.

Tal análisis, lo esperan de la TFP los incontables brasileños que se vienen habituando a recibir de ella — en las horas de incertidumbre y de dolor — la palabra que esclarece, estimula y sugiere una solución. Así, expreso aquí el pensamiento de nuestra invicta entidad.

El primer punto a tratar es el alcance de las elecciones en Chile como indicio de los rumbos ideológicos de la opinión en aquel país, así como en toda América del Sur.

En efecto, gana terreno entre nosotros la impresión de que el comunismo registró un gran avance en Chile, avance éste que indicaría una profunda transformación en la actitud hasta aquí anti-comunista, de las masas latinoamericanas. En otros términos, la victoria del comunismo en Chile análoga victoria para él en nuestro país y en las demás naciones hermanas.

Tal conclusión es un molde ten-

diente a desalentar toda acción anti-comunista. Y con esto sólo gana el comunismo. Pues — según enseñaba Clausewitz — vencer a un adversario no significa necesariamente aplastarlo: a veces basta quitarle la voluntad de luchar.

Así, lo más urgente, para el esclarecimiento de la opinión latinoamericana, consiste en aclarar que el resultado del reciente pleito chileno revela *no un progreso, sino por el contrario un retroceso del marxismo en el país amigo*. Por más que esa afirmación pueda sorprender a primera vista, ella se funda en cifras y hechos incontestables. Estas últimas, las tomamos en la fuente más genuinamente “allendista”, esto es, el diario comunista chileno “El Siglo” del 5 del corriente:

a) En 1964, concurren a la disputa por la suprema magistratura los candidatos, Eduardo Frei y Salvador Allende. El primero alcanzó los 1.409.012 votos, que constituían el 55,7 % del electorado. El segundo obtuvo 977.902 votos, lo que significaba el 38,7 % del electorado.

Los votos dados a Frei provienen de la coalición del PDC (Partido Demócrata-Cristiano) con dos

partidos más, el Conservador y el Liberal.

Allende — y este hecho es capital — no era apoyado sino por los comunistas, o sea, por el Partido Socialista (marxista), por el Partido Comunista y por ciertos corpúsculos comunistas disidentes. Así, toda la votación de Allende era comunista y toda la votación comunista era de Allende.

b) En el pleito de 1970, por el contrario, Allende se presentó como candidato de una coalición. O sea, además de los votos comunistas arriba citados, Allende recibió el apoyo del Partido Radical y de una disidencia del PDC (MAU). Era, pues, de esperar que el electorado de Allende hubiese crecido *mucho más*.

Sin embargo *sucedió precisamente lo contrario*. O sea, en el último pleito el candidato socialista tuvo apenas 36,3 % de los votos (contra 38,7 % en la elección anterior).

De ahí se deduce que el contingente marxista disminuyó. Pues ahora — aún sumado a otras fuerzas — sacó menor porcentaje de votos que en 1964.

\* \* \*

Mas, se objetará, que si es verdad que el porcentaje electoral de los contingentes marxistas decayó, se puede por lo menos decir que el número de los marxistas creció en el interior de otras corrientes políticas. Pues de lo contrario ellas lo habrían apoyado a Allende.

Infelizmente, nosotros los latinoamericanos tenemos buenas razones para saber que esto no es la verdad. Abundan aquí clérigos de “passeata”, políticos con “p” minúscula, intelectuales e intelectuales deseosos de publicidad, los cuales no se cansan de repetir que los no comunistas, aunque conser-

vándose escrupulosamente ajenos al marxismo, deben hacer frente único con los adeptos a éste, para derribar a lo que llaman la oligarquía ahora dominante. Hace 20 o 30 años que esto se dice y se repite en América Latina. Ahora bien, según observaba Napoleón, la repetición es la mejor forma de retórica.

A fuerza de predicar la coexistencia pacífica, la “mano extendida”, la colaboración con el marxismo, los cripto-comunistas han arrastrado en más de un país, a votar por candidatos comunistas, contingentes mayores o menores de “idiotas útiles”, los cuales no son comunistas.

“Hay algo peor que el comunismo: es el anti-comunismo”, dijo Frei. Su lección fructificó. De las propias filas del PDC, al cual Frei pertenece, una apreciable fuerza electoral se pasó para Allende. Quien siembra vientos recoge tempestades...

Una circunstancia especial refuerza esa argumentación en pro de la tesis de que buena parte de la votación dada a Allende en el último pleito no era constituida por comunistas.

En 1964, la infiltración comunista en el clero chileno era bastante menor. El clero todo trabajó por Frei, contra Allende.

En 1970, esa infiltración asumió proporciones alarmantes agravando aún más la situación. El propio Cardenal Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago, declaró a la prensa que era enteramente lícito para un católico (que, por definición, no es comunista) votar por candidatos marxistas (conf. diarios “Última Hora” y “Clarín” de Santiago, del 24-XII-69).

Suponiendo que se tratase de un error de la prensa, la TFP chilena escribió al purpurado, pidiéndole un esclarecimiento o una rectifica-

ción. La respuesta fue el silencio.

Quien conoce el fondo de nuestros clérigos rojos bien puede imaginar cuántos votos de “idiotas útiles” esos clérigos rojos de Chile — prestigiados y estimulados por el hecho tan propicio a sus intentos — habrán encaminado para Allende.

\* \* \*

En consecuencia, no creció en Chile el número de los marxistas. Creció, esto sí, el número de “idiotas útiles” que se dejan ilusionar por el sueño de aprovechar el apoyo marxista para la realización de ciertas reformas... sin llegar al marxismo.

\* \* \*

Aclarado esto, conviene pasar a otra consideración.

América Latina ha visto, en el ejemplo chileno, la suma nocividad de los grupos de presión de la llamada “Tercera Fuerza”, contra cuya actuación la TFP no ha cesado de alertar a la opinión pública, en campañas que ya hoy hacen parte de la historia. Entre esas campañas, merece en este momento una referencia especial la difusión, a todo lo largo de nuestro continente, del libro “Frei, el Kerevsky Chileno”, cuyo autor es uno de los directores de la entidad, en Brasil, el señor Fabio Vidigal Xavier da Silveira. Este libro tuvo ediciones, además de la original en portugués (Editora Vera Cruz, año 1967), en Argentina y Venezuela y repercutió intensamente en toda la prensa de América Latina.

Escrita con una notable lucidez de doctrina y de observación probó — hace 3 años — que el resultado de la actuación de Frei sería la victoria de la minoría comunis-

ta. De este libro no gustaron los grupitos cripto-comunista y los “sapos”. Aquí están los resultados.

\* \* \*

Una palabra sin ninguna amargura, más de llena de dolor.

En 1968, 120.000 chilenos se unieron a 1.600.358 brasileños, 280.000 argentinos y 40.000 uruguayos para pedir a Paulo VI medidas contra la infiltración comunista en los medios católicos.

El silencio más frío y completo siguió a la súplica entretanto filial, respetuosa, sumisa, angustiada, ardiente.

Nada se hizo en Chile (para sólo hablar de ese país), que pusiese coto a la ola.

La Historia registrará que esa omisión tuvo trágica importancia en el drama que está a punto de comenzar.

\* \* \*

O antes, en el drama que ya comenzó.

En cuanto, por lo menos hasta el momento, que sepamos, ningún periódico católico oficial u oficioso se irguió para lamentar el escándalo del apoyo de católicos al comunismo en Chile, los periódicos comunistas del mundo entero celebran la victoria de Allende como un triunfo del marxismo. Y Fidel Castro procura deshacer, con loas a Allende, la impresión de la derrota causada por su discurso sobre el fracaso de la zafra azucarrera cubana.

Por su parte, Allende, a quien algunos optimistas incorregibles presentan como moderado, ya comenzó la marcha hacia la ilegalidad y por tanto hacia la violencia.

La voluntad popular sólo se expresa por mayorías palpables, pues como es obvio, pequeñas diferen-

cias electorales pueden tener causas tan irrelevantes y variadas que son inadecuadas para manifestar las aspiraciones auténticas y profundas de un país. La Constitución chilena dispuso sabiamente que, en casos como el presente, cabe al Congreso escoger libremente el presidente de la República, entre los candidatos más votados.

Ahora, el comando de la Unidad Popular — unión electoral pro-Allende — dando un golpe de Estado blanco acaba de negar al Congreso esa atribución legal, declarando pura y simplemente que la victoria de su candidato es irreversible. Lo que quiere decir que él recurrirá al golpe de Estado rojo, si el Congreso no se doblegara ante el golpe de Estado blanco.

Allende obtuvo 36,3 % del electorado. Alessandri 34,9 %. La diferencia es irrisoriamente pequeña. cuestión entre agentes electorales, cualquier episodio a-ideológico de aldea o suburbio la puede haber ocasionado.

Basado entretanto en esa minoría ínfima, en esa victoria de opereta, Allende ya comenzó — en nombre de la democracia — la demolición del Congreso. Así, anunció el propósito de disolver el Senado y la Cámara de Diputados, instalando una "Asamblea del

Pueblo" a ser elegida con Chile bajo el tacón de la bota comunista.

Al mismo tiempo, ya pidió la institución de jueces electivos. O sea de la barbarie. Pues en un país en que los jueces son nombrados sin prueba de su saber notorio, y trabajan sin las garantías de la vitalidad, de la inamovilidad y de la irreductibilidad de las rentas, domina, no el derecho ni la ley, sino la barbarie.

En el Congreso, los votos de los diputados de la Democracia Cristiana decidirán si el presidente será Allende o Alessandri. O sea, si Chile se sumergirá o no en la barbarie comunista.

Llevará la Democracia Cristiana la triste coherencia de su posición de Tercera Fuerza hasta el extremo de optar por la barbarie? A este respecto, hay un suspense no sólo en Chile y en América, sino en todo el mundo. Todos se preguntan hasta dónde irá, en este episodio, la Democracia Cristiana. Y lo que aún pueden temer de ésta los otros países en los que haya partidos demócrata cristianos fuertes.

\* \* \*

Volvemos de nuevo ahora nuestro mirar para Roma.

Hay una sola voz en el mundo que puede prevenir este mal. Es la voz augusta de Paulo VI.

Será que aún ahora él se mantendrá silencioso, omitiendo pronunciamiento oficial, claro, preventivo, fuerte, paterno, que aunque al borde del abismo, aún podrá salvar todo?

Es con toda el alma que imploramos a la Providencia esa palabra salvadora...

\* \* \*

Es de preverse que ciertas afirmaciones aquí contenidas causen desagrado y hasta protestas en algunos círculos, especialmente en los del llamado progresismo cristiano.

A esos recordamos simplemente que los hechos que alegamos son incontestados e incontestables...

Nos queda pedir a Nuestra Señora del Carmen, Patrona de Chile, que se conduela de ese país, querido hermano de los nuestros. Y abra los ojos de los latinoamericanos para la tremenda nocividad de las corrientes que se rotulan de a-comunistas, mas extienden la mano al comunismo.

(Traducido de la *Folha de São Paulo* de 10 de septiembre de 1970.)

PLINIO CORRÊA DE OLIVEIRA

## ANATOMÍA DE UN DICTADOR

# EN EL CENTENARIO DE LENIN

Abrid un periódico soviético cualquiera, o cualquier libro editado en la URSS, literario, científico, técnico, militar, de cuentos para niños... y percibiréis una adopción mística de Lenin.

Siempre y en todos lugares: *Lenin, el gran Humanista; Lenin, el Patriota; Lenin, Artífice de la Paz*

*Universal; Lenin, Amigo del Pueblo; Lenin, Hombre de honradez cristalina.*

¿Es verdad todo esto?

Tratemos de hacer un breve examen de su vida, desapasionado e imparcial.

Desde que el culto de Stalin fue eliminado en la URSS, el de Lenin

se ha decuplicado. De hecho, los comunistas son absolutamente incapaces de concebir la historia de la Revolución de Octubre sin engrandecerla con elementos mitológicos.

Si el pueblo sojuzgado de Rusia ya no cree en esa mitología, en el Occidente existen aún espíritus in-

genuos que se la toman en serio.

Y algo todavía más extraño: la "Organización de las Naciones Unidas" y la "Liga de los Derechos del Hombre" han decidido conmemorar en 1970 el centenario del nacimiento del "gran humanista" Vladimiro Iljitch Lenin.

### El gran humanista

Llegado al poder gracias a la ayuda del gobierno del Kaiser, en guerra con Rusia, Lenin instruyó a sus discípulos de la siguiente manera:

"La dictadura representa un poder absoluto, que no está limitado por ninguna ley o tradición, sino que se apoya directamente sobre el pueblo" (1).

Decretando una dictadura absoluta, comparable a la de los déspotas antiguos, Lenin ha demostrado con hechos lo que entendía por la parte que debía representar en ella el pueblo.

Con su Decreto del 20 de diciembre de 1917, mucho antes del Comienzo de la guerra civil, Lenin creó una "Comisión Extraordinaria de represión política", la "Checa".

Al determinar los fines de la "Checa", Lenin estableció en primer lugar el de exterminar lo antes posible los cuadros de oficiales del ejército, de la marina, del clero, y los miembros de la antigua clase dirigente y de la intelectualidad: un conjunto de la población que sumaba aproximadamente dos millones de personas.

El segundo objetivo de la "Checa" fue el exterminio sin piedad de los demás elementos antisoviéticos, tanto en las ciudades como en el campo: pequeños burgueses y campesinos acomodados.

Tales objetivos proporcionaron

(1) LENIN: *Obras Completas*, tomo XXV, pág. 441, 3.ª edición.

a la "Checa" posibilidades ilimitadas de ejercer un terrorismo total.

Lenin enseñaba: "Mientras no usemos el terror con ejecuciones sobre el terreno, no llegaremos a nada. Es mejor exterminar a cien inocentes que dejarnos escapar a un culpable" (2).

En sus instrucciones ordenó aplicar en abundancia "los métodos de presión física" durante los interrogatorios y los procesos.

Después del final de la guerra civil, Lenin dio al Comisario del Pueblo para la Justicia, las siguientes directrices:

"... Como continuación de nuestra conversación le envió la copia de un párrafo suplementario del Código Criminal. Creo que la idea principal está clara: aplicar abiertamente el principio político-realista que asegura y determina la necesidad del terror. El Tribunal no debe ser misericordioso, sería una estupidez, puesto que debe aplicarse sin condición alguna el principio del terror, que es nuestra finalidad" (3).

Durante el mandato de Lenin se crearon escuelas de verdugos, en las cuales se enseñaban los métodos de suplicio y de tortura (con la ayuda enérgica de "especialistas" chinos). ¡Así nació la tradición de los famosos "carniceros" humanos!

"En nuestra lucha por el poder no nos debemos frenar por ningún principio. Es necesario exco-gitar toda suerte de engaños, métodos ilegales, mentiras."

"Si para el triunfo del comunismo fuese necesario exterminar las nueve décimas partes de la población, no debemos volvernos atrás ante ese sacrificio" (4).

"Nuestra moral está subordinada completamente a los intereses de la lucha de clases en favor del

(2) Discurso de Lenin el 14 de enero de 1918.

(3) LENIN: *Obras*, t. XXVII, pág. 297.

(4) *Obras*, t. II, pág. 701.

proletariado. Cuando nos hablan de moral, nosotros respondemos: para un comunista toda la moral consiste en esta disciplina coherente de las masas contra los explotadores. Nosotros no creemos en la moral eterna, y denunciamos la mentira de todas esas tonterías acerca de la moral" (5).

Ateo militante, Lenin proclamó que: "La religión es el opio de los pueblos", y dio a sus órganos represivos orden de perseguir y aniquilar al Clero, de cerrar y destruir las iglesias, de prohibir a todos los funcionarios y empleados soviéticos la asistencia a las ceremonias religiosas. Se conserva una lista completa de la jerarquía ortodoxa, cuyos titulares fueron asesinados o encerrados en campos inhumanos de trabajo. Abarca unos cincuenta metropolitanos y obispos, sin contar millares de sacerdotes y religiosos.

Lenin ordenó a los miembros del Partido Comunista que "todas las ideas religiosas son vaciedades. Dios es un monstruoso cadáver. La fe en Dios es una monstruosa villanía". ¡Lenin "gran Humanista"! Éste es el precio de su humanidad, según estadísticas dignas de fe, en vidas humanas:

Guerra civil en Rusia (1917-1920) . . . . .	3.000.000
Guerra contra Finlandia (1918) . . . . .	50.000
Guerra contra los Países Bálticos (1918-1919) . . . . .	110.000
Guerra contra Polonia (1921-22) . . . . .	600.000
Guerra contra Georgia (1921-1922) . . . . .	20.000
Terror Rojo . . . . .	1.000.000
Carestía y rebelión de obreros y campesinos	2.300.000
<b>Total . . . . .</b>	<b>7.080.000</b>

(5) Discurso a los jóvenes comunistas; 21 octubre 1920.

## El patriota

Durante los años de la guerra 1914-1918, Rusia tuvo pérdidas inmensas de hombres y materiales, pero también Alemania, sobre todo al principio de 1917, había llegado al límite extremo de tensión y le era necesaria una paz inmediata. Testimonios de toda garantía certifican que Lenin vivía entonces en la Suiza alemana, y que se hallaba en relación constante con un agente secreto del Estado Mayor alemán, un tal Parvus Gelfand, con quien Lenin visitó Alemania y los campos de prisioneros ucranianos, haciendo propaganda entre ellos para separar más tarde Ucrania de Rusia.

Después de la revolución de Febrero, el gobierno alemán había propuesto a Lenin — por medio de Parvus — que fuese a Suecia con su grupo, atravesando Alemania en un vagón precintado.

Lenin aceptó, y en la frontera suiza fue recibido por funcionarios alemanes que lo escoltaron durante todo el trayecto, “¡Lenin es nuestro embajador”, decía el jefe de los alemanes!

En el expediente judicial existen documentos formales, comprobantes de que Lenin era un agente alemán, y está probado que llegó a Petrogrado de acuerdo con el gobierno alemán, y con el apoyo de Alemania fue como emprendió el trabajo que lo llevó a la descomposición del ejército ruso y a su capitulación ante Alemania.

Se le enviaron a Lenin grandes sumas de dinero desde Berlín, a través de bancos escandinavos. El tribunal está en posesión de pruebas relativas a la transferencia de una de estas cantidades, por valor de 930.000 rublos.

Lenin proclamó que repudiaba toda propuesta de paz separada, cosa de que le acusaba el Gobier-

no Provisional. Pero apenas conquistado el poder en noviembre de 1917, Lenin ordenó el fin de las hostilidades, concluyendo precipitadamente con Alemania la paz vergonzosa de Brest-Litovsk, paz que él mismo calificó de *obscena*.

Cuando los expertos militares rusos protestaron de las inverosímiles pretensiones alemanas, el general germano Hofmann dijo: “No tengo tiempo de discutir con ustedes. Nosotros hace tiempo que lo hemos acordado todo con Lenin”.

Así era el patriotismo de Lenin.

## El artífice de la paz universal

“La historia demuestra que es imposible obtener la victoria sin la violencia revolucionaria. Es imposible doblegar a los explotadores de la clase obrera y de los campesinos. Además, la violencia revolucionaria debe ejercerse también sobre las masas recalcitrantes de los trabajadores” (6).

“La bomba es un elemento necesario del material requerido para armar al pueblo. La bomba se puede preparar en cualquier sitio. Para ello se requiere una energía frenética; ahora y siempre, energía” (7).

En sus instrucciones a los “Destacamentos del ejército revolucionario”, escritas en 1905, cuando el Gobierno Imperial Ruso promulgaba la Constitución, Lenin ordenó a sus compañeros “emprender acciones personales; ponerse a la cabeza de las multitudes que debían armar con todos los medios (fusiles, revólveres, bombas, cuchillos, hachas, etc.), atacar a los tejados y a los pisos superiores para arrojar desde allí piedras, agua hirviendo, etc.”.

(6) Del discurso de Lenin el 7 de febrero de 1919.

(7) *Ibidem*.

Pero todo esto se refiere a Rusia. Veamos un poco la opinión de Lenin acerca de la guerra y la paz en el mundo entero.

“Hasta que hayamos conquistado el mundo entero, mientras seamos económica y militarmente inferiores al mundo capitalista, habremos de seguir esta regla: limitarnos a fomentar la discordia y los malentendidos entre las potencias imperialistas” (8).

“Cuando seamos bastante fuertes para poder destruir a los capitalistas, lo haremos sin descanso y sin piedad” (9).

Porque “la guerra contra la burguesía pronto o tarde será inevitable. Pero el enemigo no deberá saber cuándo lo atacaremos. Hemos de maniobrar hasta el último momento. Hablarle antes, decir al enemigo que ahora está mejor armado que nosotros mismos, advertirlo del momento elegido, sería una estupidez. Entrar en guerra cuando eso fuese favorable para el enemigo y no para nosotros, sería un delito. Es necesario negociar, existir, usar el compromiso... (10).

Creador del “Komitern”, Lenin escribía:

“A todos los países comunistas les ha llegado el momento de coordinar sus actividades legales e ilegales. Ante todo es necesario trabajar ilegalmente en el ejército, en la marina, en la policía.”

“La historia entera de las guerras liberadoras nos muestra que cuando tales guerras han calado en el alma del pueblo, la liberación llega en seguida.” “Poner en nuestro programa el desarme sería reconocer que estamos en contra de la lucha armada. Nosotros defendemos la violencia.”

“Las clases oprimidas que no quieren emplear las armas están

(8) Discurso en Moscú, *Obras*, t. XXXI, pág. 410.

(9) *Ibidem*.

(10) LENIN: *Obras*, t. XXXI, pág. 58.

destinadas a desaparecer. Nosotros no podemos olvidar que vivimos en una sociedad de clases y que no queda, por tanto, otra solución que la lucha de clases y la supresión del poder de las clases privilegiadas. Nuestra divisa debe ser: "Armar al proletariado para vencer, para expropiar y desarmar a la burguesía". Hasta después de la burguesía no se podrá, a no ser traicionando los objetivos históricos mundiales, deponer las armas; no antes" (11).

"Sólo cuando hayamos vencido, aplastando a la burguesía en el mundo entero, las guerras serán inútiles" (12).

Por tanto, está bien claro. Con sus propias palabras Lenin considera la paz con el mundo no comunista como algo imposible.

La paz, según él, sería imposible hasta que el comunismo no se haya apoderado del mundo entero.

Y, lo que es más terrible, Lenin ve en la guerra aspectos positivos en sí mismos, ya que dice:

"La historia demuestra que es imposible obtener la victoria sin violencia revolucionaria". Y encuentra que:

"La bandera proletaria de la guerra civil en todas las naciones, si no ahora, mañana de seguro, agrupará en torno a sí en un conflicto futuro, no sólo centenares de millares de obreros conscientes, sino también millones de semiproletarios y de pequeños burgueses engañados, que los horrores de la guerra ya no espantan, sino que se sentirán impulsados a una organización, a una firmeza hacia la resistencia armada contra la burguesía mundial. Cuando se instituyó la III Internacional se decidió organizar a todas las fuerzas del proletariado: atacar a los gobiernos capitalistas, desencadenar la

guerra civil, conquistar el poder político, hacer triunfar al socialismo" (13).

¡Así era el aspecto de este "Artífice de la Paz"!

### El amigo del pueblo

La Revolución de Octubre se inició con la divisa "El poder entero a los soviets locales de obreros y campesinos".

Nudo gordiano que Lenin cortó con la institución, no ya con el establecimiento del poder de los soviets, sino con la instauración de su *Dictadura del Proletariado*, comenzando por los soviets, sometidos apenas formados a un riguroso control de la policía política.

Lenin pretendía que los obreros eran favorables a su reforma socialista, pero no era cierto. Pero, ¿qué decir de los campesinos que, confiados en las promesas leninistas, pensaban resultar propietarios de sus tierras?

Según Lenin, todas las propiedades agrícolas habrían de ser expropiadas, conforme al "slogan": "La tierra para los campesinos". En realidad se produjo una discriminación en la clase campesina. La tierra fue declarada "Propiedad del Estado", y los agricultores fueron obligados a entregar una parte desproporcionada de su producción al Estado.

El 11 de diciembre de 1918 Stalin había dicho:

"Vivir como antes, como en los tiempos del Zar, lleva consigo la dispersión de las fuerzas humanas y del trabajo, derivada de la existencia de pequeñas propiedades territoriales". Fue Lenin quien impuso una lucha despiadada contra los "kulakos" (campesinos independientes económicamente). Todos estos "kulakos" fueron declarados elementos antirrevolucionarios

y despojados de la mayor parte de sus bienes.

La clase campesina se resistió ferozmente al despojo. Se produjo una auténtica guerra civil, que sucedió a la de los Blancos y los Rojos, entre los campesinos y las escuadras punitivas a las órdenes del Gobierno. El resultado de esta "reforma" leninista fueron varios millones de muertos.

En cuanto a los obreros, escribía Lenin:

"Los obreros no pueden tener una conciencia social-demócrata. Hay que proporcionársela desde fuera. Abandonada a sus propias fuerzas, la clase obrera no puede llegar sino a la conciencia "tra-deunionista" (o sea, a un simple deseo de salarios altos, de mejores condiciones de trabajo, esperanza de pequeños burgueses, cosas tolerables sólo dentro de los límites del sistema capitalista).

Los nuevos dirigentes no deben limitarse solamente a "ir a los obreros". Han de enviar sus propios destacamentos en todas las direcciones, dirigir todas las manifestaciones en esta lucha de múltiples aspectos, eligiendo el momento oportuno, dictar un programa de acción positivo tanto a los estudiantes en efervescencia, como a los agricultores, a los sindicalistas indignados, a los maestros explotados, etc."

Ya, pues, desde 1917 preparaba la dictadura total. Y decía tranquilamente:

"Si los obreros y los campesinos no quieren aceptar el socialismo que nosotros les inculcamos, nosotros proclamaremos: Es inútil gastar el tiempo en palabras, cuando podemos emplear la fuerza."

El 2 de enero de 1918, Lenin pidió a la clase obrera que participase totalmente en el terror. Los vacilantes, los débiles, convictos de sabotaje en el cumplimiento de

(11) LENIN: *Obras*, t. XXIII, págs. 85-86.

(12) *Ibidem*.

(13) LENIN: *Obras*, t. XXI, pág. 24.

sus nuevos deberes, serían fusilados sobre el terreno.

Veamos la declaración de Lenin en el II Congreso del Partido, antes de llegar al poder, declaración en la que confesaba su desprecio por la lucha económica con vistas a mejorar la situación de la clase obrera. Para él los motivos humanitarios no existían, y sólo contaba la finalidad política. He aquí una frase auténtica de su discurso: “¿Qué provecho se sacaría de que el obrero ganase un salario elevado, comenzase a ahorrar, tuviese un hermoso apartamento o, peor todavía, se convirtiera en propietario de su casa? Eso le inclinaría a la psicología burguesa, pero dañaría a la causa de la revolución”.

¡Cuánta solicitud la de Lenin por el pueblo trabajador!

### **El hombre de la honradez cristalina**

Lenin era de un cinismo proverbial. En su diario personal escribía: De cien bolcheviques, setenta son imbéciles, veintinueve bribones, y uno sólo es auténtico socialista.

Los dirigentes actuales de la Unión Soviética proclaman que “la obra de Lenin es impensable”. Esa obra que ha provocado la

muerte de millones de personas, ¿en qué consiste? Lenin ha creado un nuevo Estado, en el cual los crímenes de lesa humanidad han aumentado de manera increíble. En la época zarista se daba, sin duda alguna, la explotación de los trabajadores, pero tal fenómeno no ha desaparecido, sino que ha alcanzado proporciones fantásticas. Entonces la explotación era limitada, era ilegal; hoy, en cambio, en la Unión Soviética hay que bailar al son de los caprichos del Partido.

En la Unión Soviética no hay ni rastro de socialismo. Lenin dijo que el antiguo régimen lo gobernaba una burocracia militar y civil “con uniformes esplendorosos, cargados de condecoraciones”. Pero... hoy vemos a los grandes dignatarios soviéticos que llevan uniformes llamativos y ornados de una infinidad de condecoraciones, nunca jamás vista ni bajo el régimen de los zares ni en ningún otro país del mundo.

Lenin echaba en cara al régimen anterior el apoyarse en la policía. Pero el régimen soviético, desde el día de su implantación, ha llevado a límites inverosímiles los efectivos policíacos tradicionales, como también la autoridad arbitraria de su policía política.

El régimen zarista, desde 1906,

había empezado a introducir seriamente las libertades cívicas: supresión de la censura, reconocimiento del derecho de reunión, total libertad de conciencia.

Lenin suprimió todas esas libertades, y las sustituyó por una opresión sistemática.

Lenin había afirmado que los propietarios de las tierras explotaban a los campesinos, pero él transformó a los agricultores en siervos del Estado, aniquilando a quienes manifestaban cualquier asomo de resistencia.

¿Qué ha aportado, pues, la Revolución leninista? Ha creado una clase privilegiada, una nueva “aristocracia” comunista, que desprecia al pueblo. Y 230 millones de seres tienen que soportar todavía, a través de mil sufrimientos, este régimen creado por Lenin, un régimen de opresión, de mentiras y de ludibrio, sin interés alguno por la nación rusa.

Es innegable que es la “Obra de Lenin” la que actualmente continúa, y que sus discípulos de hoy han permanecido fieles a sus prescripciones.

Conociendo la propia mediocridad, estos hombres sin honor, sin escrúpulos, no son capaces de evolucionar. Se asen a la momia que preside desde el mausoleo del Kremlin.

(RELAZIONI, IV-70)

## **DIME CON QUIEN ANDAS...**

El tema de la amistad ha sido fuente de inspiración para escritores de todos los tiempos. Aristóteles, Platón, Cicerón y Séneca nos dejaron bellas páginas, que recogieron y dignificaron autores cristianos, como S. Agustín, S. Ambrosio, S. Basilio el Grande, S. Gregorio Nacianceno y en tiempos

posteriores Sto. Tomás de Aquino, S. Francisco de Sales y otros muchos, que sería largo enumerar.

La Sagrada Escritura describe bellos ejemplos de amistad, como la de David y Jonatán; pero además nos ofrece, principalmente en los libros sapienciales, tan abundantes consideraciones sobre el te-

ma, que sería fácil extractar un tratado, que aunque no sistematizado, como el célebre de Cicerón, contendría con todo conceptos de mayor elevación moral y religiosa, como inspirados por el mismo Dios.

En la imposibilidad de resumir en un solo artículo la doctrina, que

sobre la amistad encierran estos libros sagrados, limitaremos nuestro estudio al aspecto que va indicado en el título; la elección de los amigos.

Es problema de capital importancia, sobre todo para la infancia y la juventud. En la Escritura encontramos normas prácticas, aplicables a los hombres de todos los tiempos. Insiste sobre todo en las amistades, que se deben evitar. Y de éstas únicamente nos ocuparemos hoy.

Como norma general establece: *Apártate de la iniquidad, y se alejará de ti. No te juntes con hombres pecadores* (Ecli 7, 2.17). Y concretando algunos pecados contra los cuales hay que estar más prevenidos, añade más adelante: *El que con pez anda, se mancha* (13, 1). Quien traba amistad con personas de vida libertina, de modales soeces y hablar licencioso, es muy difícil que se mantenga moralmente limpio. Y si ese amigo, como sucede con frecuencia, es además altanero y soberbio, caerá también él en este repulsivo vicio: *el que trata con soberbios, se hace semejante a ellos* (Ib.). Para el autor del Eclesiástico, quien se deja arrastrar ciegamente por sus pasiones, es un necio. También su amistad puede influir en que sus vicios se peguen y manchen como la pez. *Guárdate de él* (del necio), *si quieres que no te manche con su contacto* (22, 14).

Camino derecho para caer en estos desórdenes es la amistad con los que frecuentan tabernas, bares, salas de bailes, de juego o de

espectáculos, donde no se respetan las leyes de la moralidad y decencia. *No te vayas, dicen los Proverbios, con los bebedores de vino, ni con los comedores de carne* (23, 20). Los desórdenes en la comida y en la bebida, llevan detrás de sí no sólo otros vicios repulsivos, sino también gastos exagerados, que arrastran a muchos a la pobreza. *El bebedor y el comilón empobrecerán* (Ib. v. 21). Semejante plan de vida no se compagina con el trabajo, por lo que estos viciosos malgastan su hacienda poca o mucha y se precipitan a sí mismos y a los suyos en la miseria. Por eso aconseja el Sabio: *No vayas por caminos en que hay tropiezos, y no tropieces dos veces en la misma piedra* (Ecli 32, 25). Como quien dice: si has entrado por estos caminos de perdición, retírate a tiempo, si no quieres llegar a un fin desastroso.

Un peligro, sobre todo para los niños y los jóvenes, es la fuerza con que atrae la lisonja y la adulación. El amor propio inclina al hombre a admitir con facilidad cuanto le halaga. Hay amigos perversos y mal intencionados, que aprovechan esta desordenada inclinación del hombre para llevarle por peligrosos caminos. *El hombre malo lisonjea a su prójimo y le lleva por caminos no buenos* (Pr. 16, 29). Y en otro sitio: *El que adula a su prójimo, tiende un lazo a sus pies* (29, 5). ¡Cuántos incautos se dejan arrastrar por los halagos de compañeros, que se les ofrecen como guías y les llevan a la perdición!

Hay caracteres coléricos e iracundos, que por fútiles motivos suscitan disputas, contiendas y riñas, que amargan los ánimos de aquellos con quienes tratan. La amistad con semejantes hombres es peligrosa, pues la ira es un vicio contagioso, que prende fácilmente en quienes son testigos de semejantes desórdenes. Por eso: *Aléjate de contiendas y aminorarás los pecados, porque el hombre iracundo enciende las contiendas* (Ecli 28, 10). Otros gozan sembrando chismes y suspicacias sobre acontecimientos públicos y privados y sobre vidas ajenas. Perturban la paz social y doméstica, originando enemistades aun entre familiares y amigos. El trato amistoso con semejantes personas es peligroso, pues perturban el espíritu e incitan a mezclarse en discusiones y disputas a veces violentas y siempre con perjuicio de la caridad.

Éstos son, según la Escritura, los principales vicios, que se oponen a la verdadera amistad, que a pesar de ser en sí misma bella, provechosa y recomendable, entraña deberes y obligaciones, que de no cumplirse, la convierte en peligrosa y condenable en determinadas circunstancias. Aquí se funda la profunda filosofía que encierra el proverbio: *Dime con quién andas y te diré quién eres*.

SEVERIANO DEL PÁRAMO, S. J.

Profesor de Sagrada Escritura  
en la Universidad Pontificia  
de Comillas

Suscripción ordinaria . . . 300 Ptas. año  
» de amistad de 300 a 1000 Ptas.  
» de protección a partir de 1000 »  
Número suelto . . . . . 25 »

**CRISTIANDAD**

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Princesa, 21-(3) - Telf. 221 27 75

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.

Director: FERNANDO SERRANO MISAS